

EMILIANO AGUADO

RAMIRO LEDESMA
EN LA CRISIS DE ESPAÑA



EDITORA NACIONAL
MADRID - MCMXLII

RAMIRO LEDESMA EN LA CRISIS DE ESPAÑA

Emiliano Aguado

EDITORIA NACIONAL
MADRID - MCMXLII

El destino satisface nuestros deseos.

Pero a su manera, para poder darnos algo más. GOETHE

DEDICATORIA

Apenas ha pasado un decenio. Y, sin embargo, ¡cuánto trabajo nos cuesta ya recordar la desazón y la angustia que padecieron los españoles en las postrimerías del régimen monárquico! Una guerra de enconos y creencias amenazaba con su pertinacia y anacronismo, una muchedumbre de partidos, nacidos en la misma época, alimentados por las mismas esperanzas y forjados, en el fondo, para conseguir los mismos fines, trabajaban el sosiego habitual de la vida española y, sin presentir siquiera las demandas históricas de aquellas horas, forzaban a los corazones de vanguardia a mantenerse alejados de la contienda en que ardía el país.

Cuando se estaba ventilando en las calles y en los cuarteles el porvenir de España, los españoles que sentían la hediondez de aquel anacronismo, desalentados en su apartamento y sin consignas eficaces en aquel enjambre de pasiones frenéticas y fugitivas, no tenían ante sí otro camino que el de la meditación, quizá, muy lejos, se presintiera otro camino, pero en horas tan recias como aquellas en que la guerra se predicaba en todas partes como exterminio y como símbolo de la pérdida de una fe en el sufragio y la libertad que había dado pábulo a tanto encono desenfrenado, no eran caminos lo que pedían los corazones de vanguardia, eran resortes capaces de recoger aquel enjambre de pasiones y encaminarlo al fin que nos pedían, la altura de los tiempos y los derechos auténticos del hombre.

Y Ramiro Ledesma, que sentía como nadie la gravedad de aquellos momentos críticos, y estaba dotado como pocos para la acción y el mando no encontró manera más profunda de trabajar por el futuro de su Patria que entregarse al estudio de los grandes temas que ha creado la filosofía de nuestro tiempo y entregar las horas que le dejaba libre a la meditación de credos y consignas que, más tarde, iban a resonar como gritos de guerra y de victoria en los ámbitos de España.

Lo que aún pudo alcanzar de las ideas de la Ilustración, sobre todo lo que le llegaba a través de la doctrina de Kant, andando el tiempo le serviría de motivo polémico, y en los días quehaceres políticos le serviría de fondo insobornable, en que se originan el afán de hacer algo grandioso en el mundo y el respeto casi religioso a la vida humana., que Ramiro abrigó en su corazón hasta el último momento.

Las tareas que se había propuesto la filosofía moderna, algunas de las cuales ya son creaciones del espíritu humano incorporadas a nuestra cultura y a nuestra manera entrañable de vivir, llevaron a la mente de Ramiro una incertidumbre venturosa, que propicia la meditación tenaz y un ansia inefable de quietud, que propicia la revelación de un mundo y el encuentro de una misión. Es muy difícil hallar en nuestra generación, española un hombre que haya sentido con más crudeza y soledad la crisis de ideas y sentimientos que ha desasosegado al estrecho sector del género humano que siente las llamadas y contradicciones de la Historia. Ramiro había dedicado sus aficiones a los sistemas filosóficos, que piden, sobre todo, meditación y exactitud; su dedicación a la matemática es buen síntoma de esta acritud intelectual que mantenía a costa de verse forzado a abandonar posiciones que, tal vez, le hubieran suavizado los rigores de la contienda íntima que tuvo que librar en silencio.

El día en que se percató de que toda esa balumba que le desasosegaba con ideas encontradas y vislumbres de un porvenir infinito era lastre y, en el fondo, cosa bien distinta

de lo que pedía su vocación más irrenunciable, se propuso buscar en la acción esa calma cordial que alimenta la vida y el ensueño y nos hace, al propio tiempo, sentir nuestra iniciación como tarea salvadora. La acción se ha sentido en nuestros días, saturados de saberes y preocupaciones que no calman la angustia ni añaden bienestar, como un paraíso, también se ha visto en la acción el único remedio para librarse del hastío que se tiende como una plaga del cielo sobre los que no acertaron a encontrar un camino personal e irrenunciable en la vida. La mayoría de esos soñadores de la acción vuelven a la realidad de sus quehaceres ordinarios como náufragos que no han encontrado izada y han visto con, horror el espanto del abismo.

Ramiro Ledesma se entrega a la acción en cuerpo y alma, sin haber resuelto su crisis interior y tal sin la esperanza de resolverla. Si hay épocas que pueden vivir de la fe, es decir, en que la fe se muestra llena de contenidos claros, ¿por qué no pensar que otras épocas no tienen más remedio que vivir de la resignación, es decir, con fe ardentísima y sin saber de cierto en qué se cree? Lo cierto es que Ramiro Ledesma, a solas con su destino y procurando olvidar lo que había aprendido a lo largo de cuatro años de estudio y de meditaciones silenciosas, se entrega a la lucha en días también críticos para España. No importa ahora saber qué conquistas personales logró como fruto de esta entrega apasionada, importa, sobre todo, recordar que la íntima desazón que lleva en las honduras de su alma coincide por manera milagrosa con la desazón que estremecía el destino de España y el porvenir de los españoles, entregados al juego de partidos anacrónicos, ya sin enjundia, ni virtud.

Y precisamente por eso es Ramiro Ledesma, quien abre este período de nuevos presentimientos y entusiasmos, que ahora empieza a cuajar en formas y aspiraciones políticas. Sin un repertorio de ideas o creencias que le amparasen en los desfallecimientos y le dieran aliento en la pelea, Ramiro Ledesma tuvo que encararse con aquel mundo en ruinas y en zozobra y, ahondando siempre en sí mismo, buscar un puñado de consignas con poder bastante a conmover el corazón de esas juventudes, que no podían ya encontrar en, nada de lo que tenían a su alrededor motivo de ensueño o de pasión. ¿,Cuáles eran las ideas de Ramiro en sus primeros tiempos de luchas políticas? ¿,Cuáles eran las ideas que se nos ofrecían como solución de la crisis política de España? Era preciso dejar que la vida, en vicisitudes y percances, hablara con claridad el lenguaje que no podían entender los que estaban encerrados en la angostura de una doctrina. Bueno sería no perder de vista que las ideas, cuando no las abriga un espíritu generoso, izo sirven más que para ocultar lo que pasa en torno nuestro y lo que se adivina ya como porvenir seguro.

Si es cierto que las ideas nos cierran la visión amplia de los sucesos que nos rodean, ¿,qué podría decirse de esos sistemas herméticos de creencias que se mantienen como bloques de granito en tiempos de crisis? Ramiro Ledesma tuvo el destino singular de entregarse a la política en días de crisis, con una crisis profunda en las honduras de su alma. España tuvo la dicha de encontrar en aquellos días, precisamente cuando su suelo se había trocado en campo de batalla de creencias anacrónicas, un hombre generoso, que iba a sondearlo todo con el propósito de encontrar un medio de expresión adecuada que le permitiera sacar a la luz lo que España y Ramiro sentían de manera vaga, como se siente una adivinación en las profutuidades de un porvenir remoto.

Y en aquellos años de incertidumbre,, cuando todas las cosas parecían sometidas a cambios, sin regla ni concierto, un grupo exiguo de muchachos universitarios se aprestó a trabajar con Ramiro en la tarea de creación que pedía la Historia y la inquietud de los corazones que han aprendido a sentirla como mandamiento de Dios. Pocos son ya los que quedan de aquellos primeros y entrañables camaradas, la vida, con su infinita riqueza de creencias y caminos, nos ha ido separando día a día. También la muerte nos ha separado con dolor.

Y al escribir este libro, que he compuesto de recuerdos adivinaciones, he sentido el vínculo estrechísimo que nos unió entonces como un destino sagrado, que nos hace ahora ver con más amor y más devoción lo que hemos dejado atrás en el camino de nuestra vida, que en este caso se confunde, venturosamente, con el período más azaroso de la Historia de España.

No he hecho un libro político sobre la figura y la doctrina de Ramiro; no lo he intentado. Solamente mis recuerdos me han dado el material que llena estas páginas. Hablo de Ramiro en los años que le conocí, que son los años de la crisis española más honda de nuestro tiempo.

Porque he contribuido a la memoria de Ramiro con algo personalísimo., quiero dedicar este libro a los que fueron mis camaradas en las primeras horas. Quizá algunos de ellos se hayan alejado por alguno de los caminos que la vida nos ofrece como vocación y como destino. Quizá otros de aquellos camaradas se hayan alejado por caminos como el que emprendió Ramiro una mañana de otoño.

Como este libro ha brotado del recuerdo y los trances que compartimos en aquellas horas ganan mi ánimo y me alejan del tiempo en que estoy escribiéndolo, he llegado a creer que, desprovistos de ideas y creencias, y en medio de un torbellino de anhelos y presentimientos, nos agrupamos otra vez para emprender la tarea de nuestro pasado y hacer que la vida de cada uno, con su tortura y su esperanza, se confunda luego con la esperanza y la tortura de España.

Propósito

Como el trabajador que se abandona al sueño reparador, mi alma atormentada gusta de abismarse de ordinario en las reminiscencias de un pasado inocente.

Hölderlin-Hyperion.

Desde el año 1929, en que conocí a Ramiro Ledesma en los pasillos de la Universidad, puedo asegurar que se está haciendo este libro. La vida, el recuerdo, la pasión y la ternura, como hadas buenas que velan sigilosas alrededor del lecho de un enfermo, han ido tejiendo sus páginas en el silencio de cada día, más allá de la luz de mi conciencia; y este trabajo, silencioso y recatado, se termina bajo la sombra de la muerte y con la nostalgia de una amistad de siete años día a día.

No corro el riesgo de ser mal comprendido si digo que yo no he trabajado en la confección de este libro; la verdad es que me lo he encontrado hecho cuando he intentado poner en orden mis recuerdos y hacerme cargo de la huella que ha dejado en mi alma un carácter tan frío y desabrido en apariencia como el de Ramiro Ledesma, y, en realidad, tan apasionado y tierno como el de un niño. Mis recuerdos vienen a confirmar una vez más que la pasión no está en la superficie a merced del viento que quiera llevársela. y la pasión de Ramiro ha quedado en sus obras y en el corazón de los que tuvimos la dicha de ser sus amigos más íntimos; en sus obras nos ha dejado algo más: nos ha dejado su pasión y su zozobra. Porque Ramiro Ledesma, que comenzó siendo un intelectual, y que no dejó de serlo ni en los momentos más decisivos de su acción política, se esfuerza en sus libros por perfilar consignas y actitudes ajustadas a las demandas de cada hora, y nos ha dejado una visión política llena de intuiciones luminosas y la descripción más espléndida del afán de abandonar las tareas intelectuales Y entregarse con denuedo a la acción salvadora de un mundo que se cuarteja y que nos amenaza con catástrofes y ruinas.

Ramiro Ledesma ha estudiado con ahínco, ha escrito con tenacidad y entusiasmo, ha pensado y se ha entregado en cuerpo y alma a las peripecias políticas de su tiempo, pero en todo ha puesto la pasión que ardía en su alma y el ansia de librarse de la crisis más tremenda que ha padecido Europa desde los días del Renacimiento. Quien pretenda en

serio decirnos algo profundo sobre la vida y la obra de Ramiro Ledesma tendrá que esforzarse por comprender el hecho de que casi todos sus escritos nos aparezcan como meros fragmentos fugitivos y el que se contradigan con frecuencia sus conclusiones lógicas, que es únicamente como se nos revela el fondo inefable de unidad personal y política de una vida y de un estilo en crisis. Porque otra cosa que hay que tener en cuenta es que a Ramiro Ledesma le cupo en suerte vivir a un tiempo la crisis política y espiritual de su Patria y la crisis espiritual y humana de tala Europa que no acierta ya a vivir de los dogmas que fraguó la Ilustración, pero que tampoco ha encontrado un sistema de dogmas y creencias que lo reemplace y nos sirvan para andar por este mundo, tan convulso y hosco.

Quiero dejar en este libro mis recuerdos, nada más que mis recuerdos, ahítos de ternura y, de esa devoción milagrosa que derrama la sombra de la muerte sobre todas las cosas. La verdad es que un libro que nos parece concebido y llevado a cabo por nosotros jamás llega a interesarnos, es preciso que lo hayan impulsado esas fuerzas miríficas que están fuera de nuestro alcance, y las obras que han sobrevivido a los vaivenes de los tiempos llegan hasta nosotros como señales del sueño de los hombres, parece que han sido escritas por sonámbulos, parece que sus autores han dado expresión a potencias que están en un mundo lejano y misterioso. Para darnos a entender estos trances supremos del espíritu de los hombres se nos habló de un efluvio inefable que caía sobre los elegidos y los arrebatava con ímpetu y con dulzura: era el deliquio de la inspiración. Con esta creencia aprendieron los escritores a ser humildes y a no contentarse, al propio tiempo, con esas obras que se hacen para que vivan menos de lo que costó concebirlas.

Como los recuerdos que conservo de Ramiro Ledesma tienen relación con todas las cosas que entonces nos preocupaban y la que más le preocupaba a él, la política, van a permitir que nos aparezca diáfano su perfil humano, y si la política tiene más importancia en la obra y en la significación histórica de Ramiro Ledesma, puede también servirnos como medio de expresión de este hombre en crisis y como fondo de comprensión para toda la política española que viene más tarde, con la pretensión de imponer su programa y con la sola realidad de sus banderas y consignas...

Ramiro Ledesma se nos ofrece como político creador de lo más hondo y entrañable de la nueva política española; como preocupado por hallar una manera de vida apropiada a su pasión humana, como intelectual insatisfecho, que conserva toda la claridad mental que le dieron sus años de estudioso y toda la cordialidad que dejan las aventuras filosóficas en la adolescencia, pero, sobre todo, se nos muestra como fundador de las J. O. N. S., que pretendían dar forma y contenido a los anhelos que bullen en el corazón de nuestro viejo mundo desde que las formas políticas del liberalismo se resquebrajaron con la estúpida paz de Versalles. No conocería la figura humana de Ramiro Ledesma quien no la estudiara en todas sus dimensiones, en aquellos días broncos en que le cupo a Ramiro la suerte de vivir, no era posible entregarse con plenitud a una cosa sola, al político se le pide que sea poeta en tiempos de crisis y al poeta se le obliga a ser político. Lo peor es que con frecuencia un solo hombre tiene que ser todo a la vez, y es natural que el desconcierto de las ideas se manifieste de alguna manera en las cosas y en los menesteres de la vida cotidiana, lo contrario sería tanto como hacernos creer que las ideas pueden cambiar sin más ley que el antojo de tantos hombres que no hacen en su vida más que pensar. Y aunque los tiempos que corren no son muy propicios a las peripecias de la vida intelectual, es innegable que no son posibles siempre las mismas ideas, ni está en la mano del hombre pensarlas cuando le venga en gana. Por eso hay que mirar las ideas de Ramiro Ledesma en lo que se refiere a su posición personal y en lo que atañe al mundo en torno, es decir, como expresión de una manera de vivir y como proyectos de una acción política.

Más acá se nos revela el alma inquieta y angustiada de Ramiro, más allá se nos aparece el perfil torturado y anhelante de su Patria. Y la ternura entrañable de los que fuimos amigos de Ramiro nos estremece cuando pensamos que no es posible entender las

desazones de su Patria en crisis sin pensar en él y en su obra, y que no es posible recoger el latido más recóndito de esta alma señera sin acudir a las desazones de su Patria. Ramiro Ledesma tuvo la fortuna de vivir con acritud y con ternura la crisis de España, y España recordará algún día con amor de madre a ese muchacho, arriesgado y lleno de presentimientos, que vivió la tortura de su pueblo y que en plena juventud, a la vista de la tierra prometida, moría asesinado, entre gritos de rencor y de saña, que no lograron acallar el entusiasmo con que en la lejanía se rezaban sus consignas y se soñaba con una España más justa y más humana, como la soñó Ramiro Ledesma a lo largo de sus años de lucha y como la presintió en los días acedos de su calvario.

El destino personal de Ramiro Ledesma

Si pretendiera hacer una biografía erudita de Ramiro Ledesma, fundador de las S. O. N. S. y creador del nacional sindicalismo, me esforzaría en acoplar datos entresacados de papeles viejos y viejas amistades, este libro os presentaría una vida acabada y perfecta, como suelen servirnosla esos biógrafos que recuerdan todas las cosas de la vida que nos relatan, todas menos el espíritu. Y no es que olviden los rasgos anímicos; por el contrario, lo recuerdan a veces con prolijidad abrumadora, es que el espíritu de un hombre no está entre esos viejos papeles que hablan de su juventud o de sus ascendientes y los lugares en que vivieron, no recurre a estos versos testimonios más que quien no es capaz de encontrar otros o quien no ve en las incidencias de la vida cotidiana más que materia para esos viejos papeles y asunto de conversación para esos viejos confidentes.

La tarea de investigar lo que hicieron los padres de Ramiro o lo que pensaron hacer es harto fácil, los conozco, los veo con frecuencia, no tendría que hacer más que preguntárselo. Y cuando estuviera bien pertrechado de datos y documentos, me hallaría en tal confusión. que no acertaría a ordenarlos de un modo satisfactorio, y es que la indagación erudita presupone la ausencia de la vida y tiene siempre el frío de la muerte. Lo que fue Ramiro antes de que yo le conociera carece de interés, no sólo porque no tenga más que una relación lógica con lo que fue más tarde Ramiro, sino porque cada hombre comienza a vivir en una época unos son precoces, otros no dan señales de su ingenio hasta la madurez y otros no maduran hasta la senectud. Ramiro nace para la historia de su Patria cuando sufre el primer desengaño intelectual. las ideas de la Ilustración le atraen de una manera irrefrenable, casi siempre lleva algún libro de Kant o de Fichte bajo el brazo, parece que su vida ha encontrado ya una misión clara e infrangible. Por si el rigor que comporta la filosofía no fuera bastante, estudia matemáticas con avidez y cursa estos estudios al mismo tiempo que los filosóficos en la Universidad de Madrid. No cree en la divulgación de la ciencia, pero tampoco le interesa que las masas tengan ideas rigurosas sobre los problemas que inquietan a los hombres con dotes y con preparación, y no es que creyera Ramiro, como por otras razones creemos ahora, que se puede vivir muy bien sin rigor ni preparación científica, que una hora de amor nos haga más felices que una vida de conocimiento ni que sea necesaria la teología para salvarse, Ramiro no piensa en estas cosas, su fe en la ciencia es tan ingenua y tan apasionada como la que sintieron los hombres de la Ilustración, como no quiere más que el rigor y el conocimiento que nos procura la ciencia, busca el aislamiento por todas partes y no frecuenta la amistad más que cuando le puede proporcionar esparcimiento para sus hallazgos o estímulo para nuevas ideas. Por eso en esta época de estudio y meditación busca nuevos alientos en la obra de Nietzsche, y, aunque parezca paradójico, encuentra sosiego al par en obras tan profundamente científicas como la Crítica de la razón pura de Kant Y en obras tan poco científicas como las de Federico Nietzsche. Es cierto que parece contradictoria a primera vista esa devoción por cosas tan profundamente inconciliables, pero esa contradicción no se encuentra en la vida que halla en ellas satisfacción, sino en el pensamiento que las coteja fríamente y se complace en destacar antagonismos. La vida de Ramiro tenía

entonces necesidad de la Ilustración, que exalta la ciencia sobre todas las cosas, y de las obras de Nietzsche, que buscan en todas partes el vigor de lo humano y lo exaltan con una fuerza y un lirismo ya jamás igualados. Una cosa es lo que Ramiro pensaba y otra cosa bien distinta es lo que sentía. Como dato que aclara un tanto esta fuerte contradicción, que ya se insinúa en la vida del fundador de las J. O. N. S., recuerdo que en los días de más fuerte preocupación por los problemas de la filosofía kantiana, preparó para el curso de ética un trabajo sobre Nietzsche que le obligó a meditar durante todo el año sobre las contradicciones inefables del inefable creador de Zaratustra.

Cuando pienso en la pasión con que buscaba Ramiro el conocimiento en aquella época y la pasión con que hablaba de las paradojas de Nietzsche, que ya un poco fatigado de la ciencia, busca el aire libre para la vida y el silencio para la poesía, me percaté con toda certidumbre de que la única cosa que buscaba Ramiro en aquella sazón, aunque no lo supiera y aunque creyera lo contrario, era un mundo de ensueño en que verter su pasión irrefrenable, lo que hay que preguntar es si al través de su vida de incertidumbres y presentimientos ha buscado jamás otra cosa. Y no hay que olvidar que sólo quienes se mueven por cálculo saben adónde van, o a lo menos adónde quieren ir pero tampoco, hay, que olvidar las palabras de Goethe, que asegura con la tremenda seguridad de la poesía que nadie llega tan lejos como quien no sabe adónde va.

En la historia del alma de Ramiro tendríamos que reservar el primer capítulo a esta dulce crisis que se insinúa como un viento de bonanza y que no se va a apagar hasta ese día aciago de otoño en que se funden el afán inefable de sentir en nuestra vida el sosiego de la soledad y la ayuda de la mano de Dios.

Luego llegan al alma de Ramiro las intuiciones poéticas de Heidegger como un vendaval que arrebató y llena al par de gozo, y es tan plena y apasionada la entrega de Ramiro, que apenas se da cuenta de lo que pasa en torno suyo. Por entonces publica en un semanario madrileño una conversación que había sostenido con el conde de Keyserling y nos habla de su interlocutor como pretexto para hablarnos de sí mismo, Ramiro vive preso en su preocupación y no siente más que un afán. ¿Buscar el conocimiento o dar rienda suelta a su pasión?

Y en este momento se abre la crisis dolorosa de Ramiro, la primera crisis que tortura su alma: el mundo de la Ilustración es ya anacrónico y, como no es posible vivir siempre a la intemperie, hay que buscar otro mundo. Ahora sí que mira con ansiedad al mundo que le rodea, ahora ya no se puede vivir con el solo afán de saber. ¿Qué ha quedado en el alma de Ramiro de aquella dulce entrega a la seducción del conocimiento? De las ideas de la Ilustración conservará ya para siempre el deseo de probidad, de las tempestades luminosas del alma de Nietzsche guardará para toda su vida el temblor de lo humano y un anhelo de engrandecimiento, aunque no sea más que para ofrecerlo en holocausto de una generación más noble y menos enamorada de sí misma. Y con estos pertrechos se lanzó a la vida encrespada y torturante de aquel tiempo, la probidad le hizo esforzarse por aclarar su sentido político, ahí están sus obras; el afán de superación personal le acompañó hasta el día de su holocausto. ¿Y las generaciones que oyeron su discurso? Que Dios no nos niegue un poquito de esperanza.

Pero el mundo de la Ilustración se ha resquebrajado sin remedio por su sequedad y su pobreza, el mundo que fraguó Nietzsche se ha venido abajo por su angostura; como Zaratustra, Ramiro se sintió un buen día hastiado de su sabiduría. y, como la copa que quiere desbordarse, su alma se sintió arrebatada por el hechizo de lo humano que nos trae la vida de cada día.

Lo tremendo es que ahora, cuando Ramiro se ve forzado a dejar sus ansias de saber y su apartamiento sosegado y echa una mirada a su alrededor, encuentra un mundo deshecho y agotado, que apenas tiene ya deseos de vivir. Ya no es posible retroceder; la Ilustración nos ofrece un mundo artificioso y yerto, la realidad inmediata nos brinda un caos de impulsos y voluntades tornadizas. ¿Qué hacer? El único camino que entonces se

ofrece en todas las épocas de crisis a todas las almas creadoras: si el mundo que hayamos a nuestro alrededor no nos sirve, hagamos otro; si la realidad es pesada y mezquina, forjemos otra con la materia que nos brindan nuestros sueños y con la prodigiosa variedad que nos brinda nuestra imaginación. Y luego, cuando hayamos levantado ese mundo humano y divino, ofrezcamos nuestra vida para que tome consistencia. ¿Hizo esto Ramiro?

No es un azar que en el año 1930 comparase Ramiro a Nietzsche con Unamuno, porque el pensador español, que ha sufrido el tremendo influjo de Nietzsche más de lo que pensaba, es quizá el único camino que se ofrece a todo joven de nuestros días para pasar de la mística un poco vacía de Nietzsche a la mística nacional del pensador de Salamanca. De suerte que esos ímpetus líricos que dejó Nietzsche en el alma de Ramiro se fueron perfilando poco a poco con el afán de que ese mundo circundante tan caótico y tan abatido tornara forma nueva y sangre nueva. Por eso desde los primeros momentos se ofrece la juventud como campo apropiado de las conquistas de Ramiro y de las esperanzas que le mantuvieron a lo largo de los siete años más aciagos de nuestra historia. Claro que la crisis de Ramiro Ledesma no fue un hecho aislado en nuestra Patria, tampoco fue nuestra Patria único país en que esa crisis tuvo lugar, todos los pueblos de Europa la han sentido en mayor o menor medida y en algunos de ellos aún no está resuelta. Si aislo con todo celo la crisis anímica de Ramiro es porque se vea con mayor precisión, ya que, además de tener la dicha de sufrirla, ha tenido la de fundar un partido capaz de afrontar la indignancia de la masa y la zozobra que lleva hoy en su alma el hombre solitario.

Hasta qué punto ha penetrado el espíritu de Ramiro, su preparación filosófica puede verse en el famoso Manifiesto político que, en unión de algunos amigos, lanzó a la opinión pública española en el mes de febrero del año 1931; y cuando se piensa cómo estaba España en aquellos días, con una Monarquía secular agonizante, unos partidos liberales del más viejo estilo preparados para dar un nuevo asalto con otro pronunciamiento militar, ya que tenían poca fe en los resultados electorales, y, una masa movidiza de marxistas que se agrandaba o se achicaba según las circunstancias, pero que contaba en aquella sazón con la simpatía hasta de los más recalcitrantes burgueses, cuando se piensa en todo esto y se lee el Manifiesto Político de Ramiro, en que anuncia la fundación de La conquista del Estado y la constitución de los primeros grupos combatientes, nos asalta la sospecha de que un profesor universitario intenta gobernar con un puñado de abstracciones. El Manifiesto político es un acervo de principios comunes a todos los pueblos que han abandonado la política liberal y que no pueden ser entendidos por la opinión pública, a pesar de buscarla y dirigirse a ella. Pero es que, por otra parte, el interés popular estaba en aquellos días orientado sobre un fin claro y tangible, y aunque el Manifiesto político hubiera sido comprendido, la tremenda pasión popular que entonces conmovía nuestra Patria se hubiera alejado sin miramientos y tal vez hubiera tomado alguna represalia contra los que lo habían firmado. Y he aquí cómo la abstracción de aquellas páginas fue causa de que pasaran inadvertidas, que es lo mejor que podía ocurrirle a un grupo reducido de soñadores que pretendía insuflar un poquito de razón a un pueblo frenético que no retrocede ante la sima del suicidio.

Ramiro ha entrevisto ya la posibilidad de llevar a cabo una tarea política fuera de los moldes que fraguó la Ilustración, en su Manifiesto político están ya los rasgos fundamentales en su propósito se ofrece ya claramente el poder y la misión de las masas. Con esto se ha librado de su soledad que antes buscaba con ahínco para llevar a cabo sus tareas intelectuales., como Zaratustra ha sabido abandonar a tiempo su retiro, pero, como Zaratustra, no sabe hablar en la plaza pública. De cuando en cuando nos sale al paso una palabra, una frase lapidaria, pero el tono del Manifiesto es doctoral y un poco vago. ¿Qué le falta a Ramiro ? La misma pasión que antes ponía en sus trabajos intelectuales pone ahora en sus proyectos políticos, el mismo afán de ennoblecimiento que antes le llevaba a la soledad le lleva ahora a la multitud, la probidad que antes ponía en sus razonamientos la pone ahora en sus planes políticos. ¿Qué le falta a Ramiro? Lo que le hace falta es

superar la crisis que padece. ya sabe en parte lo que quiere, aún sabe mejor lo que valen las cosas que ha dejado, pero no acierta a expresar su hallazgo con pasión. Y es que la pasión que ponía Ramiro en todas las cosas no tiene aún modos apropiados de expresión. Ramiro no puede abandonar de un golpe lo que había sido durante tanto tiempo sustento de su alma.

Y a lo largo de su vida se van entrecruzando estas fuerzas en crisis, en algunas ocasiones domina la probidad, en otras domina el afán de conocer, otras veces domina por completo el sentido humano de la indigencia popular o el del ennoblecimiento personal, pero siempre es la pasión el hada buena que lo pone todo en orden y deja un poquito de ilusión. Y lo que ocurre en este primer ensayo de Ramiro es que esa hada buena aún no ha hallado acomodo.

En este momento de forcejeo que nos recuerda el Manifiesto político se nos pone en claro por vez primera el carácter de Ramiro que había brotado de un esfuerzo tenaz y callado en los penetrales de su alma y que le permitía afrontar con denuedo increíble los lances más peligrosos de aquella política en descomposición: pero también brotó esa extraña ternura con sordina que sabía poner en sus amistades más íntimas. Ramiro era mucho más cordial de lo que creía, pero se mostraba con frecuencia más frío de lo que quería.

En nuestro paso por la vida encontramos almas que parecen estar siempre abiertas al influjo de cosas y personas, no guardan más que lo que quieren y no quieren guardar más que las cosas que tienen un sello personal; siempre nos dejan un nimbo de cordialidad y nos encontramos a gusto cuando vierten sobre nosotros su efluvio de benevolencia o de reconocimiento, pero hay también almas herméticas que viven en lucha tenaz por mostrarnos su gratitud o su ternura, las almas abiertas se entregan al primero que llega, están siempre propicias a la amistad: las herméticas se nos antojan avaras de su intimidad y no se entregan más que después de mucho tiempo, aunque jamás pretenden mostrarlo. Todo estriba en la facilidad de expresarse, primero a sí mismo, luego a los demás.

¿Cómo va a dar Ramiro solución a esta dificultad? Sólo tiene ante sí dos caminos: ensayar una política de ideas o hacer de su actuación política una confesión nacional y humana. Y esta es la tarea que va a llevar a cabo en La conquista del Estado. Si se me pregunta cuál es a mi modo de entender el valor máximo de La conquista del Estado, contestaría sin vacilar que el haber servido de entrenamiento a Ramiro; no ha sido poco, ciertamente. Para comprobarlo no hace falta esforzarse mucho: basta mirar las banderas que tremola la España victoriosa y escuchar las consignas que se repiten por todas partes: en talleres y escuelas, en fábricas y universidades, y luego preguntar por el creador de todo esto. Pero si es tan espléndida la figura histórica de Ramiro Ledesma que ha dado alma y doctrina a la España de estas horas, se engrandece todavía más cuando pensamos que todas esas banderas y consignas que hoy inundan los ámbitos de España fueron forjadas en una época de crisis nacional y en medio de una crisis personal honda y duradera.

Para comprender mejor el valor histórico de la doctrina de Ramiro hay que echar una mirada, siquiera sea fugaz, al panorama de la política española.

Panorama político de la vieja España

Cuando Ramiro Ledesma comenzó sus tareas de formación universitaria, después de hacer unas oposiciones que le libraron de las incertidumbres de una vida sin recursos económicos, estaba España entregada casi por entero a la Dictadura que instauró el general Primo de Rivera en el mes de septiembre de 1923. No anduvo remiso el pueblo español en protestar contra la vieja armazón de los partidos, porque la verdad es que el pronunciamiento que dirigió el general Primo de Rivera desde Barcelona, a pesar de haber

sido organizado y llevado a cabo por el Ejército, contó desde los primeros momentos no sólo con la aquiescencia popular, sino con el más encendido entusiasmo nacional.

Sin saber España a ciencia cierta qué sería de aquello, se sumó al movimiento con frenesí, porque sólo de esta manera podía manifestar la repulsión que le inspiraban los viejos partidos que se venían sucediendo pacíficamente desde la Restauración. Por otra parte, las promesas de la Dictadura triunfante no podían ser más modestas: aparte las esperanzas vagas que todo régimen político pretende despertar, la Dictadura del Marqués de Estella nos prometía librarnos para siempre de los viejos políticos. Y, en contra de lo que pudiera creerse a primera vista, no pareció, tan poca cosa al pueblo español, que venía sufriendolos desde casi medio siglo, porque toda la nación, salvo los profesionales de la política, aclamó al general Primo de Rivera como salvador de España. Y, cualesquiera que hayan sido los resultados de su gobierno, fuerza es reconocer que jamás han vivido las generaciones jóvenes con tanto sosiego, con tanta consideración y con tanta libertad, lo cierto es que en España se estudiaba entonces como no se ha vuelto a estudiar, que la vida intelectual cobró alturas no igualadas desde hacía mucho tiempo y que las cárceles estaban vacías, y que las leyes no tenían el rigor que les dio más tarde la República, a pesar de que venía a proteger los derechos inalienables del ciudadano frente a la voracidad del Estado, como se viene repitiendo a lo largo del siglo pasado. Aquella Dictadura estaba animada de los más nobles propósitos, el dictador hablaba con ternura a los españoles, se preocupaba de veras por la situación de los trabajadores y logró, a pesar de que las clases en que se apoyaba no eran muy propicias, dar un impulso a la legislación social que sedujo hasta a los más antiguos dirigentes del partido socialista y, sobre todo, aquel hombre noble y sincero hizo que se cumplieran sus levas. La clase obrera española sabe muy bien que no ha vuelto a estar tan segura contra los desmanes de los patronos. Como dato que honra la memoria del general Primo de Rivera puede recordarse el hecho de que, sin decidirse a emplear la fuerza contra los que se manifestaban en las calles de Madrid hostiles a su política, apelaba a la hidalguía de sus adversarios y les rogaba que no pasaran por su casa ya que no había más que mujeres.

¿Qué le faltó a aquella Dictadura generosa? Nunca se atrevió el general Primo de Rivera a decir que su política era tan sustancial como la que había derrocado, y el hecho de que no se atreviera a decirlo es una prueba contundente de que no se atrevió a pensarlo, era demasiado sincero aquel hombre para callar lo que pensaba. Y lo que decía en todos sus discursos y en todas sus notas era todo lo contrario: en cuanto los espíritus se aquietaran y la política saneada que había emprendido asegurara el porvenir de España contra los viejos profesionales de la política, iría a la normalidad. Lo grave era que esta normalidad tenía de común con el régimen derrocado todo menos los hombres.

Aquella Dictadura, sin programa y sin idea profunda de una política nueva, combatió al régimen liberal, no porque lo creyera malo, sino por los estragos que nos había deparado. Y por esto se comprenderá como fue languideciendo el entusiasmo popular y cómo se fueron apagando los gritos de júbilo de los que esperaban algo más que un mero remedio momentáneo. En aquellos años se fatigó la esperanza y, una vez derrocado el viejo régimen, la Dictadura del general Primo de Rivera aparecía como algo ya falto de misión. Esa falta de misión y de doctrina prestó a sus enemigos las armas con que habían de derribarla. ¿Cuáles fueron estas armas? Aunque parezca mentira, el liberalismo, el separatismo, todas las cosas que la Dictadura había venido a combatir. Pero, por si todo esto fuera poco, esas viejas armas las esgrimían los viejos políticos del régimen viejo, los que hicieron pronunciarse en Barcelona al general Primo de Rivera. La Dictadura, inspirada en los más nobles sentimientos, tuvo que vivir siempre en precario, de manera que cuando alguno de los viejos políticos tenía alguna disputa con el dictador, le amenazaba con que el día que España recobrar su soberanía...

Ramiro Ledesma comienza sus estudios en este ambiente de calma y de incertidumbre, sus estudios filosóficos le mantienen alejado de las intrigas de cenáculos y cafés y sus estudios matemáticos le dan el rigor que precisaba para no tomar parte en la

contienda de los que defendían soluciones meramente empíricas. Lo que acucia por primera vez el alma de Ramiro es la inseguridad que se respiraba en todas partes cuando agoniza la Dictadura, si vuelven al Poder los que habían llevado a España al borde del abismo, ¿qué esperanza nos queda? Pero hay más, los viejos políticos venían con un compañero tenebroso: el separatismo; y por si no fuera bastante, las fuerzas del marxismo aumentaban de una manera sobrecogedora, que los viejos políticos, sabiendo que ya no Podían gobernar sin la ayuda socialista, se aliaron con los más recalcitrantes representantes de la clase obrera revolucionaria, y llevaron a cabo una sublevación militar, en que habían tomado parte hasta los anarquistas. Y dos meses más tarde, en febrero de 1931, escribía Ramiro en su Manifiesto Político: "Nos hacemos responsables de la Historia de España." La suerte estaba echada: de una parte, un torrente arrollador de fuerzas subversivas: de otra parte, un puñado de fuerzas patrióticas que se batían en retirada, y entre unos y otros, Ramiro, con un número diminuto de amigos. se apresta a recoger las demandas tradicionales de Historia de su Patria y las demandas de los que padecían hambre de justicia y de pan.

Dos meses más tarde se proclamaba en España la República, unas elecciones municipales habían bastado a la derrocar una Monarquía secular y una manera nacional de vivir. Los viejos Políticos habían triunfado habían perdido algo muy importante en la batalla: habían perdido la fe en los principios del régimen liberal. ¿Qué hacer? Antes de la Dictadura creían en las virtudes del sufragio con la misma fe que se cree en las cosas que hacernos todos los días: pero al cabo de cinco o seis años de conspirar en cuarteles y Embajadas habían acabado por persuadirse de que la fuerza tiene más eficacia que sufragio para apoderarse del Poder, y no tienen menos para mantenerse en él. En la campaña electoral que precedió a las elecciones municipales que acabaron con la Monarquía, como no estaban seguros de la victoria, amenazaban con la revolución; y fue tan tremendo el desconcierto, que la Monarquía y sus valedores, que habían hecho esfuerzos sobrehumanos por librarse de los estragos del viejo régimen liberal eran los únicos que de veras creían en él. mientras que los sedicentes liberales, que no querían más que trepar al Poder, estaban decididos a conculcar todos los principios liberales para conseguir su empeño.

Esta fue la situación que tuvieron que afrontar los primeros números de ha conquista del Instado, y en aquel ambiente de pasiones encontradas, tan poco propicio a las innovaciones, aparece un grupo exiguo de muchachos que aún no han dado cuño a los anhelos que bullían en su alma, lo que pasó puede averiguarse sin grande esfuerzo. Aquel semanario, que más tarde iba a cobrar la prestancia histórica de precursor, pasó inadvertido. y no notaron su aparición más que unas docenas de españoles diseminados por los ámbitos de la Patria en ruinas, como llamaba Ramiro a aquella España, lacerada y temblorosa, en que asentó sus cimientos la República y clavó sus garras el separatismo. La única posibilidad en aquellos días de aflicción era la de esperar y hacer que la pasión encontrara modo de expresarse. ¿,No fu¿ ésta la misión que llevó a cabo La conquista del Estado'?

Lo que entonces sucedió en España fue tan asombroso como lo que acabo de recordar. Imaginad una República que se instaura para defender los principios del régimen liberal, en que ya no cree nadie; imaginad un equipo de hombres dirigentes que se sienten abrumados por las concesiones que han hecho en sus pactos revolucionarios, e imaginad, por último, que las concesiones pactadas tienen que hacerse legales, porque, de lo contrario, las facciones que las defienden se echarían a la calle a conquistarlas por la fuerza. De una Parte, el miedo de haber ido demasiado lejos en las concesiones; de otra parte, la firme resolución de tomarse cada cual por la fuerza lo que se le niegue de grado. Y cuando parece más tibia la fe en los principios liberales y no se advierte solución apropiada, se encomienda todo al sufragio; pero no se trata ya de un mero cambio de Gobierno; ahora se va a ventilar en las urnas nada menos que la estrangulación de España No hacen falta comentarios: aquellos viejos liberales, que ya no creen en sus

principios, sacrifican la unidad de su Patria... al miedo. Desde ahora va a jugar en la política española un papel primordial este siniestro personaje. Se halaga vilmente a las masas, y cuando se levantan para recoger lo que se les ha prometido, se las ametralla sin piedad, es el miedo lo que obliga a halagarlas, para contar con su apoyo, y lo que luego hace temblar como azogados a los políticos más dueños de sí en apariencia cuando esas pobres turbas quieren conquistar lo que creen suyo. ¿No hace algo parecido el separatismo? Y los viejos escépticos del liberalismo tienen que enfrentarse con una revolución social permanente y con una revolución nacional de disgregación y de resentimiento. ¿Qué hacen entonces?

Discutir en el Parlamento una Constitución llena de abstracciones y una cáfila de leyes más vagas todavía, ni pueden resolver el conflicto separatista, ni quieren resolver el conflicto social. Están sobre un volcán, en el Parlamento ya no se puede hacer nada, y en la calle sólo encuentran rencor y hostilidad.

Y en unas elecciones convocadas apresuradamente, porque el Parlamento es inútil v la efervescencia popular amenaza graves males, triunfan los partidos de la oposición, tan plenamente como habían triunfado dos años antes los que han sido echados del Poder. No es fácil comprender estos bruscos cambios de la opinión pública español si no se piensa que ya nadie cree en el régimen representativo, y que sólo se vota por el partido que promete resolver las dificultades del momento, v como eso no lo prometen nunca más que las oposiciones, que se ofrecen a la conciencia nacional como panaceas, las oposiciones eran las llamadas a triunfar siempre en aquel régimen de escepticismo y de poquedad.

Las elecciones que se celebraron el mes de noviembre de 1933 dieron el triunfo a las oposiciones, que estaban tan desprevenidas como los partidos que instauraron la República en 1931. Acción Popular creció bruscamente, de fuera adentro, como los minerales. Y en verdad que en los dos años de triunfo no hizo más que preparar el terreno para que se formara el Frente Popular, en aquella época no se hacía nada en política, una criminal intentona separatista queda sin castigo, como una intentona vastísima de revolución marxista. Los que gobiernan no aciertan a acometer ninguna de las tareas urgentes, pero tampoco saben remediar los yerros de sus predecesores, nunca se ha vivido en España con tanta ansiedad. parecía que todo iba a desaparecer súbitamente y que aun las cosas más seguras iban a desaparecer. Pero este ambiente de incertidumbre, con no ser poca cosa, agrandaba su horror cuando se intentaba otear en el futuro. ¿,Qué podía esperarse? Las clases populares se veían desamparadas; las clases medias, que habían apoyado al Gobierno con sus entusiasmos y con sus votos, se veían preteridas, para no lesionar las ambiciones de un capitalismo sin horizontes ni iniciativas, y cuando aquel Gobierno grisáceo y abigarrado quería encontrar en sus propios partidos el entusiasmo que ya echaba de menos en las calles, encontraba una frialdad que en vano se pretendía disfrazar con algaradas y truculencias. Acción Popular pasará a nuestra Historia como un Gobierno y un partido de hombres con las entrañas ateridas; ni fue capaz de abatir los reductos del enemigo en bancarrota, ni de conjurar las tempestades que se nos echaban encima.

Y desde ahora va a entrar en la escena de la política un partido que antes se había mantenido premeditadamente en la oposición: el partido marxista extremo, el partido comunista. En los primeros tiempos, fieles a las consignas internacionales, los comunistas se habían mantenido alejados del Poder: querían todo el Poder para ellos, y no estaban dispuestos a colaborar con la burguesía. Pero después de los fracasos que tuvieron que sufrir en toda Europa, las consignas internacionales cambiaron: los comunistas debían aliarse con todos los partidos que quisieran colaborar con ellos y no reconocer más que un enemigo común: el fascismo; y como esta política les dio algunos triunfos electorales y les permitía, al propio tiempo, minar con sus propagandas los cimientos del orden social establecido en cada pueblo, ofrecieron también en España su colaboración a los partidos llamados liberales, y se formó el Frente Popular, trasunto fidelísimo del que ya imperaba en Francia.

Lo que sucedió en las famosas elecciones que tuvieron lugar el día 16 de febrero del año 1936 fue lo de siempre: los partidos gubernamentales quedaron deshechos, y los partidos de la oposición lograron una mayoría considerable, que les permitía gobernar a su antojo, sin necesitar para nada el apoyo de sus antiguos adversarios. Y no fue posible gobernar sin censura, y el terror inundaba los campos y las calles de las ciudades más importantes de España. Un día caían cuatro o cinco asesinados, otro día se incendiaban conventos, luego se obligaba a los patronos a dar jornales superiores a los que les permitían sus negocios, y más tarde se daban tierras a cualquiera, sin estar en condiciones de cultivarlas ni haberlas pedido siquiera. Bastaba el antojo de los comunistas para declarar fuera de la ley a los partidos, y las milicias marxistas se adiestraban para dar la batalla. Se procuraba ocultar lo que pasaba en los pueblos de España, y se desfiguraba lo que ocurría en la capital, aquello no tenía remedio, y por esta convicción se aprestaban los partidos a tomar el desquite con sus propios medios de las tropelías que estaban soportando. Pensar en los recursos del Estado era demasiado ingenuo y demasiado sarcástico en aquellos días turbulentos y amenazadores. Ya no había ni siquiera posibilidad de creer en la ficción leguleya de la democracia: había triunfado el Frente Popular y no había más remedio que disputarle en la calle su poder.

Ramiro Ledesma no esquivó su acción, y trabajó con ahínco, de la única manera que en aquella época era posible trabajar, preparando planes que desconcertaran a la opinión pública y obligaran a los que entonces gobernaban a tomar posiciones claras ante los sucesos que estaban ocurriendo a diario en toda España. Y a pesar de la hosquedad de aquel ambiente, pocos días antes del Alzamiento Nacional publicó un semanario que tituló Nuestra Revolución. El día 18 de julio de 1936 estaba lleno de ansiedad ante la suerte de la Patria, y unos meses más tarde moría, asesinado, en la cárcel de Madrid. Parece que con este trágico desenlace ha querido el destino que Ramiro Ledesma, que tanto soñó en un porvenir más humano, muriera a la vista de la tierra prometida, para que sus ojos se cerraran con la ilusión que dejan en los hombres elegidos las hadas del amor y del ensueño.

La vida de Ramiro en la crisis de España

Puede suponerse que la vida de Ramiro Ledesma Ramos tenía que acomodarse a los cambios de la política y de la sensibilidad de las masas; si hubiera podido permanecer gozando a solas de las peripecias de su tarea intelectual no hubiera precisado estar siempre pendiente de los caprichos de la opinión pública. Pero Ramiro se había entregado a la política en cuerpo y alma, y necesitaba saber en cada instante cómo había de obrar o cómo había de sortear esas olas de apatía o de ira que sobrevienen con tanta frecuencia en los dominios de la masa. Había que esforzarse en conocer sus apetencias para encauzarlas o para buscar otras más fuertes que las aniquilaran, porque, si es cierto que la pasión no se cura más que con una pasión más poderosa, el político tiene, además, que conocer estas mareas humanas para poder divulgar sus doctrinas sencillamente. Esta constante busca de las apetencias populares tuvo para Ramiro Ledesma un alcance muy considerable en su visión política de España pero aún fue mayor el alcance que tuvo en su vida.

No hay que ver más que el formidable esfuerzo que tendría que hacer para abandonar de un golpe todas sus aficiones y lanzarse inmediatamente al ajetreo de la vida pública, que exige unas posturas bien distintas de las que pedía al alma de Ramiro una vida entregada a la meditación y al conocimiento, y todo esto en las postrimerías de un régimen de siglos y en los comienzos de un macabro intento de resucitar una política sin futuro ni arraigo. Sin embargo, todos estos esfuerzos denodados van a dar rienda suelta a la pasión, que no se extinguió jamás en el alma de Ramiro; primero le van a mostrar en toda su hondura y en todo su patetismo el mal que aquejaba a nuestra Patria, y luego le van a

ofrecer modos vigorosos de expresión, que le permitirán más tarde llegar al alma de las juventudes españolas, sedientas de gloria, y conmovérla.

Ramiro contempla impasible la pugna entre los que pretenden instaurar la República Y los que intentan prolongar la agonía de la Monarquía; ni es posible interesarse en ese viejo pleito, ni tendría valor cualquier decisión, v a que los hombres de que disponía entonces Ramiro para una acción eficaz podrían contarse con los dedos de la mano. En aquellos momentos no había más que un camino: esperar, y éste fue el que siguió Ramiro, aunque no le siguieran algunos de los que le acompañaban, seducidos por los cargos que ofrecía la República triunfante o por la pasión popular desbordada.

Sin embargo, en los primeros tiempos de la República se vio con toda certidumbre que el separatismo tenía muchas f fuerzas a su servicio y que no tenía enfrente más que unos grupos escépticos, incapaces de oponerse a sus designios, y entonces fue cuando Ramiro Ledesma encontró modos de expresión apropiados a la pasión que rugía en sus entrañas. Ya no es posible esperar; la Patria se estremece en convulsiones de agonía, y sus enemigos obran con presteza Y sin escrúpulos. Ramiro crea entonces un vasto repertorio de expresiones duras y lanza amenazas v denuestos. La Patria se desangra, sus enemigos no pierden ocasión de apresurar su ruina; pero, ¿qué hacer? Las fuerzas adversarias son innumerables v las fuerzas que pueden apoyar una acción política dirigida por Ramiro son tan escasas que ni siquiera cabe tomarlas en serio. ¿Qué hacer en medio de esta tortura? No queda más que un camino: esperar; pero no es posible esperar cuando España se disgrega y cuando el marxismo gana adeptos y se apresta a dar la batalla final. Pues aunque la tortura desgare el alma de Ramiro no hay más remedio que esperar; pero, ¿esperar qué?

Y de esta tensión pavorosa saca Ramiro Ledesma su angustia española y su fe inquebrantable en los destinos de España. Así como la tremenda tensión de su crisis personal le dejó en el alma el afán de probidad y el ansia de engrandecimiento personal, para trocarlo más tarde en fuerza al servicio de los hombres, esta tensión que padece cuando se ve impotente para remediar las calamidades de su Patria le fuerza a vivir con pasión y a hablar con el patetismo de un inspirado, que alienta o amonesta a un tiempo. Ya no va a dejar huella sensible en la vida retirada que antes llevaba Ramiro; desde ahora todo lo que haga o todo lo que piense estará hecho o pensado para el pueblo, para las masas que sienten hambre de pan, para las que sienten hambre de justicia y para las que sienten hambre y sed de Patria. Y la tarea que lleva a cabo La conquista del Estado es ésa: hacer que se agrupen alrededor de Ramiro los que sientan la urgencia de oponer su esfuerzo al esfuerzo titánico de los que pretenden arrebatarlos a un tiempo la unidad de España, el sosiego de nuestra vida y la poesía inefable que nos hace presentir un futuro de dichas en medio de un caos de tribulaciones v malos presagios. No importa ahora si logró todo esto La conquista del Estado o si no consiguió más que una parte ínfima de lo que perseguía, baste saber que se lo propuso y que en aquel tiempo de prueba y de angustia no hubo nadie que tuviera la visión profunda de Ramiro. Por eso, entre las infinitas publicaciones que se hacían en nombre de España, no ha habido ni una tan sólo que pueda colocarse en la Historia al lado de aquel periódico, escrito por unos cuantos muchachos que acababan de salir de la Universidad. Como ha sucedido en el mundo desde que hay memoria, los que nunca yerran son los soñadores; después del empacho de racionalismo, que ha estado a punto de dar al traste con la misión histórica de Europa, no ignora nadie que las hadas conducen mejor al hombre a lo largo de la vida que esa yerta razón que ha dado pábulo al marxismo y ha hecho creerse dioses a esos hombres que han perpetrado en el mundo los más tremendos cataclismos.

Como las cosas que ocurren en España son espantosas y las fuerzas de que dispone Ramiro no merecen ser tomadas en cuenta, aunque sea amargo, no queda más que el remedio heroico de esperar: y en esa espera atormentada van apareciendo todas las consignas que requiere el momento y todas las intuiciones que más tarde se van a mostrar henchidas de vida y de frescura en la revista JONS; y si alguien preguntase a quién iban

dirigidas, contestaría que a las generaciones futuras, pero si se me preguntara quién las ha recogido, contestaría que España: hasta en los pueblos más apartados ondean las banderas y se repiten las consignas. ¿ Quién puede jactarse en estos tiempos de haber hecho algo parecido"

Ni siquiera se puede esperar trabajando en la España republicana; la crudeza de los tiempos arrecia, y Ramiro tiene que dejar de publicar La conquista del Estado,- poco después tiene que abandonar el local que había alquilado en la avenida de Eduardo Dato. ¡ Y ahora sí que es dura la espera! El Parlamento sigue echando leyes al mundo con una falta de aprehensión y una falta de sentido nacional que raya en lo inverosímil; España se deshace, primero en su economía, luego en sus regiones, más tarde en sus costumbres, pero no hay más remedio que esperar. Las persecuciones del Poder y de las masas son cada día más procaces; basta moverse o intentarlo para ser encarcelado por los que no tienen otra misión que la de asegurar la libertad de pensamiento y de expresión.

Cuando es derrotado el Gobierno republicanosocialista y le sucede el que triunfa en las elecciones de 1933, remite un poco la persecución, pero aumenta mucho la apatía. Con las soluciones que aportan unos partidos sin fe y sin cohesión, basta. Ramiro perfila con escrupulosa exactitud sus intuiciones políticas y las va exponiendo en los números de la revista JONS, que se empezó a publicar en el mes de mayo de 1933. Poco después se instalaba el domicilio del partido en la calle de los Caños. Dos o tres meses después era tan pavorosa la apatía de los españoles, habían ensayado ya tantas recetas políticas y habían formado tan mala opinión de todas ellas, que no era posible hacer nada en serio capaz de suscitar el entusiasmo de las masas populares. No sabe lo que dice quien prefiere la aquiescencia del Poder a encontrar un momento propicio al desbordamiento de la pasión popular, en la clandestinidad, en el destierro y en la cárcel puede hacerse mucho, y a la luz del día' si falta la fe popular, no puede hacerse nada. La capacidad de entrega de las masas no es algo inmutable, por el contrario, cambia a merced del viento que quiera soplar, o según los resultados de la política que se hace. En algunos momentos andan las masas buscando a un hombre que las guíe por donde le acomode; otras veces cunde en ellas el desaliento y carecen de fe para acometer ninguna empresa. Esta fue la situación anímica de la España desengañada de la República y esta la situación anímica de los gobernantes que no supieron qué hacer con su Patria y la entregaron inerme en manos del Frente Popular. Yo quisiera decir que Ramiro Ledesma afrontó impasible esta frialdad, pero no diría la verdad, la verdad es que el desaliento dejó su huella en el alma de Ramiro. No hay que advertir que era un hombre de carne y hueso, y que por eso mismo no podía permanecer insensible a las ondulaciones de la vida ni a los vaivenes de la opinión pública. De otro modo se hubiera colocado en un terreno inaccesible a las apetencias de la vida y a los sobresaltos de la muerte. Poco tiempo después se unía a Falange Española, que desde entonces se llamó Falange Española de las J. O. N. S., formando parte del triunvirato constituido, además por José Antonio Primo de Rivera y por julio Ruiz de Alda. Falange se apropió todas las doctrinas y emblemas de las J. O. N. S., que hoy están en todos los lugares de la Patria.

Y el resto del tiempo, hasta el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936, lo pasó Ramiro preparando sus libros y esperando coyuntura propicia para desplegar sus dotes organizadoras y su genio creador. El discurso a las juventudes de España y ¿Fascismo en España?, los dos libros de política más logrados en nuestra Patria desde hace mucho tiempo, los publicó en esa época de espera fecunda y llena de esperanzas que va desde los comienzos del soñoliento 1935 a los comienzos del apocalíptico 1936.

Lo que más nos importa es que en este año ve ya Ramiro toda la política española que se hacía en su tiempo como algo pasado sin remedio; todas las cosas y todas las personas le aparecen como seres de un mundo envuelto en brumas de pesadilla y malos presagios: por desdicha no se equivocó Ramiro.

La verdad es que en aquel año de incertidumbres y presentimientos nadie hacía nada; lo único que suscitaba el asenso de todos era lo que, sin percatarse de ello, estaban haciendo: esperar. Todo el mundo presentía cambios bruscos en la política española, pero parecían que estuvieran ateridas las personas que habían de decidirse, cuando apareció todo claro, con esa claridad de muerte que presagia las conmociones de los pueblos, fue en el momento de plantearse la lucha electoral: frente a un bloque formidable de odio y de promesas vesánicas estaban un conglomerado feble y flébil de partidos sin fe y sin esperanza. El cataclismo apareció entonces con todo su horror, pero no había remedio. España estaba, como la generación de Ramiro, a la intemperie. Y otra vez, en medio del abatimiento de los que retrocedían y viendo acercarse la catástrofe con el espanto de lo inevitable, no había más que un camino: esperar. Los que han vivido en estos tiempos de presagios estremecedores en España saben bien lo que valen esas horas inacabables de espera que preceden a la catástrofe que se está viendo venir; y Ramiro la veía amenazadora e incontrastable desde que tuvo que resignarse a esperar cuando avanzaba sobre España el separatismo y envenenaba el marxismo las almas de los españoles. Pero cuando sobrevino lo inevitable quedaba aún algo que hacer: afrontarlo con desnudo; y nadie podrá decir con justicia que Ramiro Ledesma fue un desertor.

Más allá de la política

No es fácil conocer en la vida ordinaria el resorte más íntimo de nuestras decisiones, querámoslo o no tenemos que hacer algo; lo que ocurre es que las cosas que hacemos unas veces nos llenan de alegría, como si estuviéramos persuadidos de que son fruto de nuestra voluntad, otras veces nos dejan un poco de tristeza, como si nos sintiéramos constreñidos por un poder misterioso, y algunas veces nos sentimos ajenos a nuestras propias obras, como si no hubiéramos intervenido en su creación. No hace falta más que leer el diario de cualquier artista que se haya propuesto entender lo que pasaba en su alma. por ejemplo a Goethe, para advertir esa prodigiosa multitud de resortes que gobierna nuestra vida, nos lanza ora a la acción en medio de la barahúnda de un mundo que se nos muestra inabarcable, ora a la contemplación de una realidad que no podemos conocer ni sentirnos en ella dueños de nuestras expresiones. Y si no acertamos siempre en la vida cotidiana con el más íntimo impulso de nuestras decisiones, ¿qué sucederá en ese mar tormentoso de la política, donde a veces parece levantarse un vendaval que arrebató a los pueblos y les arranca de cuajo sus más arraigadas tradiciones?

La política se ofrece como terreno propicio a todos los que sueñan con esa mirífica redención humana que, de una u otra forma, nos seduce en todos los momentos de la vida, pero también se nos ofrece como el medio más apropiado a los que buscan sin cesar una vida Plena al servicio de algo. Tampoco han faltado jamás en la Política hombres que buscaran perderse en el estridor de la multitud para escapar a la tortura insufrible de su soledad, por eso, mirada desde la historia de los pueblos, la política se nos muestra como lo primordial y lo más profundo, pero si la miramos desde la historia de los hombres, se nos aparece como una mera contrafigura de esperanzas o temores. No hace falta decir que los profesionales de la política no cuentan en estas categorías humanas, porque la política se les ofrece como una profesión cualquiera: de suerte que para entenderlos basta conocer las incidencias anímicas de la vida profesional. Para que una ocupación cualquiera de nuestra vida nos deje sus huellas de una manera inconfundible es preciso que nosotros dejemos algo de lo que somos o algo de lo que quisiéramos ser; podemos creer que el desconcierto del mundo se ordena con razón, con voluntad o con lirismo, pero en cualquiera de nuestras creencias late un fondo insondable de pasión que nos hace dignos de nuestros aciertos y nos hace dignos, sobre todo del perdón de nuestros yerros.

Ramiro tuvo que afrontar su propia incertidumbre, en aquellos momentos no aparecía claro el porvenir sin la fe del siglo de las luces ni la decisión humana que hoy se encuentra

en todas partes de vivir en poder de un tropel de anhelos inefables. Y cuando Ramiro siente por vez primera el hielo del vacío hace un intento sobrehumano por hallar otra forma de saber capaz de llenarlo, sin embargo en aquella crisis se venía abajo no uno o varios de los modos posibles hasta entonces de explicarnos el arcano insondable en que flotamos, sino el propio conocimiento. No había nada que reemplazar, no había que hacer más que resignarse a vivir sin comprender la vida, a creer sin saber en qué se cree, a esperar sin una idea de lo que puede hallarse más allá del temblor de la esperanza, y a vivir en brazos del acaso con el temblor de sentirnos asistidos de la mano de Dios, como los lirios del campo, como los pájaros del aire. El desplome de las ideas de la Ilustración no era más que un signo superficial del desplome definitivo de toda explicación racional de la vida. Fichte había separado el filosofar sosegado del vivir turbulento, pero en estos días acedos de renunciaciones se oponen con acritud inextinguible, cuando parecía que el viejo inundo europeo se derrumbaba sin remedio no había modo de entregarse a las tareas del conocimiento sin sentir las punzadas de la deserción, a la mezquindad que entonces se descubrió en el fondo del saber vino a añadirse la premura que infundía en los corazones un mundo en ruinas y una angustia insaciable de salvarlo.

Lo que pasaba es que las zozobras de cada uno tenían que aquietarse sin encontrar medios apropiados de expresión que las aliviara, pero las soluciones que se presentían en lontananza, como no se fundaban en ideas generales valederas para todos los hombres, eran demasiado angostas, sobre todo para los que estaban avezados a manejar aquellas abstracciones de la Ilustración que servían para todos los tiempos y para todos los nombres. En lugar de aquella vastedad se nos presentaban las Cormas de vida nacional como las únicas capaces de llenar de vida y de frescura nuestro pensamiento, en vez de perderse en la inmensidad del vacío había necesidad de encerrarse en la propia originalidad y buscar en ella, ahondando en su entraña el sentido más recóndito y más infalible de lo universal y de lo humano. Después de dos siglos de aventuras por los abismos insondables del pensamiento volvía a sentir el hombre europeo la misma alegría que sintió Ulises cuando vio el humo de su hogar después de haber corrido peligros y aventuras sin cuento.

No era empresa fácil acomodarse a esta nueva manera de vivir, no era fácil: pero en el caso de Ramiro Ledesma parecía inaccesible.

Cualquiera que haya leído las obras de Ramiro habrá notado en seguida que la lírica está ausente, Ramiro escribía con mucha pasión y pensaba con mucha más pasión, pero sí, poesía. Era un pensador y, sobre todo, un hombre de acción apasionado, pero en su estilo hay la dureza del que sólo busca la precisión, y en sus diálogos había la firmeza del que habla para obrar, no para discutir. Lo que pierden sus ideas en lirismo y en estremecimiento lo ganan en precisión y en gravedad; van disparadas a su objeto y no se pierden en la vaguedad de sus contornos. Aparte de que ha estudiado, sobre todo, los sistemas filosóficos en que el rigor lo inspira todo, aparte de su devoción a las matemáticas, no puede olvidarse que estudió con Ortega y Gasset y que fue uno de sus más asiduos discípulos y seguidores. Y el estilo de Ortega y Gasset trajo a las letras españolas un vigor y un dinamismo que recuerdan un poco rascacielos, aviones y fábricas ensordecedoras: no tienen nada que ver con la blandura de nuestro estilo tradicional ni con la manera de escribir de los coetáneos de Ortega y Gasset, como Unamuno, por ejemplo. El carácter y las aficiones acendradas de Ramiro le hicieron adoptar una forma rígida y apasionada de expresión que no abandonó ya nunca, cuando hablaba o escribía tenía presentes unas cuantas ideas que procuraba imbuir en el alma de sus prosélitos, y cuando procuraba envolverlos en un raptó de emoción lo hacía buscando el patetismo en el contraste de ideas y sentimientos diáfanos, tan claros que podrían transmitirse con palabras., como el argumento de una novela apasionada o como el relato de una aventura torturante. Por eso las doctrinas políticas de Ramiro, como las de cualquier pensador, pueden aceptarse o rechazarse, pero no caben paliativos ni medias tintas, y es que, mirado con atención, hay dos maneras de hacer poesía en nuestra vida: unos son poetas

de la palabra y otros son poetas de la acción, unos ponen la poesía inefable de su vida en lo que dicen, otros la dejan en sus obras. Y Ramiro Ledesma, que fue duro y pareo en sus expresiones, fue arrebatado y pródigo en sus hechos, la intención más visible de todas sus palabras se encaminó a preparar el terreno de la acción. ¿No se ve en esto la repulsa que siente por las vanas teorías el que ha lo grado romper el hechizo de la vida intelectual y las amarras que le encadenaban a su soledad?

La conquista del Estado es para Ramiro un medio de formación política y a la vez una fuente inagotable de alientos y, esperanzas; como no puede hacer más que esperar escribe sin tregua y prepara consignas y actuaciones. Pero, de otra parte, como las meras teorías le dejan frío después de su empacho de ciencia, ve la acción como una redención humana, aunque al propio tiempo la juzgue imprescindible para evitar la perdición de la Patria. Lo que ocurre es que la acción no es posible por entonces, las fuerzas de que dispone Ramiro son pocas y las que están al servicio del enemigo son innumerables; la acción, vista al través de una lejanía inescrutable, se le presenta como el oasis de un desierto, Perderse en el bullicio de las masas, olvidar el recuerdo empalagoso de doctrinas y proyectos y salvar a España en esta empresa arrebatadora, esto era para Ramiro la acción en los días ya lejanos en que publicaba La conquista del Estado. Pero como nuestros afanes del pasado no mueren nunca aunque no sintamos su aleteo, los deseos que infundió en el alma de Ramiro la vida intelectual y retirada no le abandonaron nunca por completo, aunque no se percatara de ello en parte y aunque procurase aventarlos con todos los recursos a su alcance. Y así cuando se ve obligado a suspender la publicación de La conquista del Estado y a dejar el local que nos había servido de redacción y de hogar amistoso, se retira de los primeros planos de la vida política y cuando quiere dar impulso a las J. O. N. S. en una coyuntura propicia lo primero que se le ocurre es fundar una revista, quizá demasiado seria y doctrinal para aquellos tiempos y demasiado apartada del tráfico callejero para servir de base y estímulo a un partido incipiente. Los que hemos hablado diariamente con Ramiro a lo largo de los siete años de crisis en que cobró nombre y valor históricos le hemos oído con frecuencia lamentarse por no poder publicar alguna revista o prometérselas felices por alguna publicación proyectada. Lo que tenía almacenado de sobra en su cerebro eran ideas, lo que le faltó casi siempre fueron recursos para llevarlas a la práctica, y cuando leemos con sosiego los ensayos políticos o los libros del fundador de las J. O. N. S. y creador del nacionalsindicalismo nos atormenta la idea de que este hombre no haya podido poner su inteligencia al servicio de España; para sentir más hondamente esta penosa impresión basta leer los libros de política que se escribían en nuestra Patria cuando vivía Ramiro o después de su muerte.

No es fácil comprender por qué no ha tenido Ramiro Ledesma los medios necesarios para llevar a la práctica el asombroso caudal de ideas que llevaba en su cabeza. España no había sufrido las convulsiones de la guerra del catorce, su economía estaba bien asegurada y no había reivindicaciones nacionales a la vista. todas estas cosas hacían que las clases acomodadas se sintiesen contentas y, en el fondo de su alma, seguras y confiadas. Aunque algunas veces se estremecían de espanto por los avances del marxismo, salían pronto de su abatimiento y se entregaban a su vida fácil de siempre. Cuando advirtieron el peligro fue demasiado tarde.

Ramiro no podía tampoco inspirarles demasiada confianza; su historia y sus ideas no eran las más a propósito para suscitar el entusiasmo de esas clases acomodadas que, en fin de cuentas, no querían más que sostener la agonía del mundo burgués, que tenía el encanto de todas las cosas que se alejan y procuraba todo el refinamiento necesario a una vida fatigada y sin misión que llenar. Ramiro no se prestaba a la farsa que ahora lo invade todo, ni era católico ni decía que lo era. Y quien conozca el alma de las clases burguesas de España sabe que no les parece tan mal la farsa como la sinceridad disidente. Ramiro no podía ofrecer una catolicidad que no sentía, pero ofrecía, en cambio, un respeto y una comprensión que echamos de menos con frecuencia en nuestra Patria, pero las clases adineradas, encastilladas en su hermetismo berroqueño, preferían soluciones como la

desgraciada que les ofreció Acción Popular, que, aun suponiendo que hubiera triunfado, no tenía vitalidad suficiente más que para aplazar lo irremediable. Aquellas amonestaciones de Ramiro Ledesma y aquellas ansias de engrandecimiento nacional que ahora han cobrado realidad en canciones y deseos, parecían sueños de un solitario, pero cuando se quiere entender algo de lo que hoy pasa o queremos que pase en España hay que acudir a aquella fuente de sueños y pensar con ternura en aquel extraño solitario que estaba hastiado de su soledad y que quería perderse en el bullicio de la plaza pública.

La política procura a Ramiro en su primera época campo para librarse de la angustia de su soledad, luego le procura estímulo para sacar su pasión a la luz del día y ponerla en todos los quehaceres de su vida, ,, más tarde le proporciona calor y materia para sus sueños,, pero como si estos frutos hubieran de pagarse demasiado caros, la política le lleva a la muerte. Hay dos momentos, los extremos en la crisis de Ramiro, que se hunden en el silencio y en la meditación: el primero es el que mantiene a Ramiro en las elucubraciones filosóficas, la política está aún demasiado lejos; el segundo es el que mantiene a Ramiro sumido en consideraciones históricas sobre la política española en 1935 y en los comienzos de 1936. La política que se hace en este tiempo le parece a Ramiro algo ya demasiado alejado de sus preocupaciones Y entusiasmos; parece que Ramiro está de vuelta y se apresta a trazar nuevos planes de pensamiento y de acción. Cualquiera que lea con detenimiento los dos últimos trabajos que publicó Ramiro, El discurso a las juventudes de España y ¿Fascismo en España?, tiene que sentir asombro ante la portentosa plasticidad anímica de este hombre, que puede hablar con tanta hondura y con tanto despegue de una situación en que ha asumido importancia y decisión de primer plano. Cuando más plena es la penetración de Ramiro y más se aguza su visión política es en los planes generales, en los presentimientos del futuro y en la lejanía de las contiendas mezquinas de los partidos, la acción aparece siempre al fondo, como deseo de dar formas precisas y como afán de desbrozar el campo de la Patria de farsas y tibiezas. Y ahora es la misma precisión que se advierte en sus escritos y en sus conversaciones la que le lleva a buscar la acción, porque sólo la acción puede perfilar las cosas del mundo que está a nuestro alrededor y sacarnos al par de la bruma de nuestros anhelos y temores. La política va a brindarle esa acción que necesita llevar a cabo, un medio de poner en tensión todas sus fuerzas mentales y una atmósfera en que pueda echar su fruto la amistad frente a la tibieza del ambiente o frente al peligro. Pero también ha sido la política, con sus entusiasmos y sus acedías, la que le ha librado de sus congojas personales; ¿qué importa nuestra soledad y nuestra zozobra cuando la Patria se derrumba por momentos sin que haya nadie capaz de evitar su ruina?

El "manifiesto político"

No hay que olvidar que las doctrinas políticas de Ramiro Ledesma v los hechos en que tomó parte de una u otra manera me interesan únicamente como medios de expresión de su alma en crisis o como contrapunto de sus ensueños de aquellas horas febriles que hoy se nos antojan ya tan lejanas. Lo que buscó al través de todo lo que pensó Ramiro Ledesma, no es más que su sentido nacional y humano, es bien sabido que nuestras ideas y nuestros hechos no consiguen más que sacar a la luz una parte íntima de los anhelos que se estremecen en los adentros de nuestra vida; y si pensamos que en las épocas de crisis nuestras ideas y nuestras acciones son meros ensayos de orientación en el laberinto de incertidumbre que se cierne sobre todas las cosas y luego recordamos el hermetismo ingénito del alma de Ramiro Ledesma, no habrá necesidad de encarecer la importancia que tiene la auscultación de los más febles latidos de su corazón, aunque no sea más que para conocer su doctrina política. Los libros nos dicen a veces demasiado de sus autores, a veces nos dicen demasiado poco; cuando tenemos una referencia de las vicisitudes anímicas de un hombre, siquiera sea breve y poco profunda, encontramos en sus libros

más datos autobiográficos que en cualquier autobiografía escrita con la más pulcra intención, pero sin una previa noticia acerca del hombre cuyos libros queremos comprender, volará a sus anchas nuestra imaginación y nos hallaremos en presencia de nuestro propio mundo, que las cosas encontradas en la reciente lectura no han hecho más que despertar. Si este mero goce artístico que nos procuran los libros no carece por completo de importancia en nuestra vida y hasta es preferible a veces a la fría consideración de lo que ha querido decir el autor, cuando se trata de obras esencialmente políticas, como las de Ramiro Ledesma, hay que aclarar primero el sentido humano que late en su fondo, si advertimos que en las obras que nos ha dejado Ramiro se entrecruzan de una parte una formación anímica sobre la base de un ansia insaciable de probidad y un hermetismo de expresión que pudo condenar al silencio la pasión más acendrada y el más incontenible entusiasmo, nos persuadiremos, sin grande esfuerzo de que las doctrinas y los hechos de Ramiro Ledesma nos aparecían como sombras vagas si no las contempláramos a la luz recóndita y estremecida de su alma.

El Manifiesto Mítico, que apareció en el mes de febrero de 1931, tiene para mí todo el encanto de un balbuceo y toda la gravedad de una promesa histórica; y he aquí que las promesas se han cumplido y aquel sencillo documento, que pasó inadvertido en unos días de frenesí callejero, se ofrece hoy con el silencio de todo lo solemne cuando intentamos comprender el sufrimiento y la esperanza de España en estos últimos años que quisiéramos olvidar para siempre. En pocas palabras nos aclara Ramiro la razón de sus propósitos y los fines que persigue ese "grupo compacto de españoles" que se lanza a la política, y, con una intuición va bien inconfundible de la tarea que iba a llevar a cabo, después de advertirnos que esos españoles eran jóvenes, y de ocultarnos que eran pocos, dice: "No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país." Es decir, Ramiro, zarandeado por las inquietudes de un empacho de ciencia y de soledad, se lanza al combate más desahogado esgrimiendo su buena voluntad como justificación inapelable, convencido de la verdad amarga que encontró Descartes al percatarse con resignación de que todo puede sostenerse con buenas razones y temeroso de lo que se avecinaba en el juego tornadizo de los partidos, Ramiro afronta su destino y niega valor y eficacia a la discusión. Ya ha escrito la palabra eficacia en los primeros renglones del Manifiesto, ya no la dejará nunca, cuando quiera hablarnos en adelante de un hombre o de una consigna nos dirá que es eficaz, de este modo nos habrá encarecido una Misión política o una táctica momentánea con el mayor encarecimiento ¿No se ve en esto la decisión de abandonar el lastre de ideas que le habían mantenido tanto tiempo en el retiro de su biblioteca y en el apartamiento del tráfigo cotidiano de cada día? Ya está a la intemperie ese grupo de españoles jóvenes que se ha lanzado con denuedo a la acción aunque todavía no haya conseguido romper por completo las amarras de aquella batahola de doctrinas que se ofrecían entonces como medios seguros para salvar a los pueblos y para triunfar de las seducciones del pasado. Esos jóvenes son la garantía...

¿Garantía? ¿Para quién? Como viven en la seguridad de que están irremediablemente a la intemperie, les basta con hallarse persuadidos de lo que dicen no hay tiempo que perder ni se cree en la eficacia de una controversia que ponga en claro las razones de una decisión irrevocables. Lo cierto es que esos jóvenes están convencidos "de que representan la voz de estos tiempos y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales". La primera consigna brota en este punto con la dureza y la precisión de una orden militar: "Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan. está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen Falanges animosas y firmes."

Lo que encontramos en estas pocas palabras nos sirve para hacernos comprender que se proponían estos españoles jóvenes dar solución a un mismo tiempo a las demandas de una Europa ya sin fe ni guía racional de su existencia y a las demandas de una Patria en ruinas y en manos del acaso. Las Falanges animosas y firmes aún no habían

llegado, pero Ramiro soñaba con ellas y se esforzaba en darles normas precisas para que pudieran atajar con presteza los males que brotaban de la entraña de un mundo que se venía abajo. Lo que ocurre es que esta inquebrantable decisión de vivir a la intemperie se halla por completo desprovista de apoyo; si las doctrinas que ha estudiado Ramiro duermen en su memoria sin poder para conjurar el peligro de la Patria ni virtud para poner un poquito de encanto en su destino personal, le han servido para que busque en otra parte lo que necesita para emprender una acción contundente y aventurarse en una empresa erizada de peligros y sin campo apropiado en que hallar sosiego después de una retirada, Ramiro nos va a decir en seguida cuál es el único sostén de sus decisiones. "La primera gran angustia que se apodera de todo español que advienen a la responsabilidad política es la de advertir cómo España -el Estado y el pueblo españoles-vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autoenajenación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica." "Hemos perdido así el pulso universal." Estas palabras nos muestran con toda claridad las preocupaciones que entonces embargaban el ánimo de Ramiro, pero al mismo tiempo nos descubren algo que él pretendía ocultar con todo esmero, porque en la manera de elegir las en el modo de usarlas y en la precisión con que las dispara sobre el objeto a que se refieren, vemos al intelectual que aun no ha desaparecido y al hombre que va a hacer una política demasiado flexible y demasiado española para aquellos momentos. Como se ve por las palabras copiadas del Manifiesto político, la idea que Ramiro tiene de la significación histórica de España es la de un patriota que añora las glorias del pasado y la de un intelectual que nos habla de valores peculiares que España ha de aportar al espíritu universal, y, por si esto no fuera bastante, nos habla también de una realización de valores. No haría falta conocer las aficiones de Ramiro para notar en seguida que está aún bajo el influjo de Hartmann y de Mai Scheler. Ahora se nos descubre con toda certidumbre que Ramiro estaba en posesión de las corrientes históricas más recientes, y esto nos hace conocer la solidez de su posición en la política y en la vida ordinaria.

No han sentido la hondura de la crisis europea que ha dado pábulo al nuevo Estado los que aun carecían de ideas firmes sobre la política, pero tampoco han padecido los rigores de estas crisis los que ya tenían ideas arraigadas, quien ve en las formas políticas consagradas por la tradición algo vivo y valedero para nuestro tiempo, aceptará las profundas transformaciones que estamos viviendo como fruto de la fuerza o de la locura de los hombres. Se resignará o luchará contra las formas del nuevo Estado, pero este hombre, abroquelado contra toda innovación, aguardará impasible el retorno de la política que añora y la desaparición de las invenciones truculentas que ve a su alrededor, no sabe vivir a la intemperie más que quien ha perdido el camino y está persuadido de que se han quemado las naves que pudieran llevarle al puerto de partida. Cuando nuestras convicciones tienen fuerza bastante por sí solas para formar una coraza que nos proteja contra los embates de la incertidumbre, podemos aguardar tranquilos al cambio de los sucesos, pero lo malo es que esa tranquilidad no es buena más que para echarse a dormir, la creación brota siempre del azar y en ella es únicamente donde encuentra sosiego el hombre que vive sintiendo en todas las cosas la más inefable palpitación del mitin

Ramiro no tenía tras de sí una tradición de ideas ni de sentimientos, en el seno de su hogar había respirado una libertad sencilla y un afán de encararse con la vida para no sucumbir, su vocación de hombre intelectual le hizo cobrar aversión a las cosas ya acabadas que no necesitan para conservarse los recursos de la voluntad humana ni permiten forjar otras a nuestra imagen y semejanza. Ramiro, como todo creador político de nuestros días, sentía las fuerzas de las decisiones y el misterio que se rebela a ser apresado por la razón. No había entonces en España un hombre tan apropiado como Ramiro Ledesma para servir de guía a aquella generación a la intemperie que iba a intentar en serio dar a la vida nacional un sentido que la resguardase contra la caterva de soluciones anacrónicas que se adueñaron de la pasión sin freno de las turbas.

Para que se vea hasta qué punto se acentúa la diferencia entre la situación política española de aquellos días y los propósitos que animaban a aquellos españoles jóvenes dispuestos a actuar con eficacia, basta recordar los puntos esenciales de aquel Manifiesto político, publicado dos meses antes de la desaparición de un régimen secular y dos meses después de una vasta intentona militar revolucionaria: Supremacía del Estado, Afirmación nacional, Exaltación universitaria, Articulación comarcal de España, Estructura sindical de la Economía. Estos son los puntales de una actuación política en unos momentos en que las masas tenían sed de justicia y buscaban en tumultos y conspiraciones la manera de saciar un rencor que les habían imbuido los vicios liberales sin fe que derrocaron la Dictadura del general Primo de Rivera. Y de todos estos puntos, tratados con una altura y una terminología poco apropiadas al estado de la opinión pública, entresacaba Ramiro la dogmática de su partido:

1. Todo el poder corresponde al Estado
2. Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.
3. El mayor valor político que reside en el hombre su capacidad de convivencia civil en el Estado.
4. Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y practica del marxismo.
5. Frente a la Sociedad y al Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.
6. Afirmación de los valores hispánicos.
7. Difusión imperial de Nuestra cultura.
8. Auténtica colaboración de Universidad española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad pagana.
9. Intensificación de la cultura de masas utilizando los medios más eficaces.
10. Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiradores un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o confederaciones regionales, debidas a la iniciativa de los municipios, deben merecer, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.
11. Plena e integral autonomía de los municipios en las funciones propia y tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.
12. Estructuración sindical de la Economía. Política económica objetiva.
13. Potenciación del trabajo.
14. Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los municipios y entidades sindicales de campesinos.
15. Justicia social y disciplina social.
16. Lucha contra el farisaico caciquismo de Ginebra. Afirmación de España como potencia internacional.
17. Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Método de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticosociales del viejo régimen.

El Manifiesto político había cumplido una misión que a sus tronantes hubiera parecido hartamente modesta: había dado expresión a la esperanza romántica de ordenar con un puñado de abstracciones un caos de odios y locuras, pero había cumplido aún otra misión más

levantada y más humana: había servido para que Ramiro sondeara la distancia a que estaba de las masas y se esforzara con denuedo por conseguir un caudal de expresiones que le permitiera sacar a la luz las ideas que germinaban en su corazón, porque, de lo contrario, la política de Ramiro hubiera sido demasiado vaga para llegar al alma de la juventud española y demasiado alejada de la juventud española para servir de expresión apropiada al alma de Ramiro: "Vamos al triunfo y somos la verdad española. Hoy comenzamos la publicación de nuestro periódico La conquista del Estado., que primero será semanal Y haremos diario lo antes posible." Y este hoy que nos anuncia Ramiro fue el día 14 de marzo de 1931; un mes después se instauraba en España la República que nos iba a costar tanta sangre y tantas desilusiones.

"La Conquista del Estado"

En el primer número, que apareció un mes justo antes de la instauración de la República, se lee: "Saludamos con alegría a nuestros amigos y enemigos", y en letras aun más grandes se leía: "Arriba los valores hispánicos." Aquel semanario, como decía más tarde Ramiro Ledesma, suponía una ruptura insoldable con las viejas fuerzas liberales que se batían en retirada y con las turbas ingobernables que preparaban el advenimiento de la República. Lo primero que puede suscitar asombro en quienes no hayan vivido aquellos momentos de pasión popular es que nuestro semanario no tomara parte en la lucha enconada que se estaba librando en todos los ámbitos de la Patria, pero la grandeza de las decisiones que han sobrevivido a pesar del olvido de los hombres se agiganta hasta lo inverosímil cuando tienen que ser tomadas en la soledad o contra el sentir común de una época. La conquista del Estado no podía tomar parte en aquella lucha, pero precisamente por eso podía contemplar desde lejos y sin parcialidad razones de los contendientes y el panorama que se vislumbraba como fondo de cada una de las posibles victorias. Si queremos ser sinceros tenemos que reconocer que la victoria monárquica se hubiera parecido demasiado a la victoria republicana, los enemigos partían de los mismos supuestos y pretendían casi las mismas cosas. La diferencia hubiera sido que las clases acomodadas, de triunfar la Monarquía, hubieran hecho más concesiones a las clases obreras, que han sido las que más han sufrido los estragos de la economía española, de suerte que al cabo de ocho años parece que las clases menesterosas hubieran ganado con la Monarquía. Luego, en cuanto se instauró la República, comenzó en nuestra España una reacción falsa que tomó como fondo y como medio de expresión el fondo de catolicidad auténtica que conservaba el alma española y los medios de expresión que había usado la Iglesia en tiempos de sinceridad y de bonanza; y sucedió que la manera más fuerte de reaccionar contra el estado de indigencia anímica y nacional que trajo consigo la República fue la de hacer profesiones de fe apresuradas o representar esa farsa ya harto resobada de las conversiones. Y aquellos templos que antes prestaban asilo y reposo a la devoción o al ansia de creer se llenaron de gente que iba a ostentar su hostilidad política contra cualquiera de esos Gobiernos que pasaron sobre nuestra Patria como meteoros que no dejan huella en el mundo ni en la memoria de los hombres. Los cafés también estaban llenos de sedicentes católicos que no iban jamás al templo ni tenían tiempo para echar una ojeada sobre su vida.

De suerte que las clases trabajadoras perdieron su seguridad y parte de sus salarios con el advenimiento de la República, en contra de lo que habían esperado, pero las clases medias perdieron algo más perdieron el afán infame de sinceridad que habían conservado hasta entonces. Y entonces comenzaron a aparecer libros que se habían escrito sin la más mínima seriedad y con el único fin de halagar a los partidos, esto mismo sucedió en arte, que en cualquier creación propia de aquellos tiempos se nos servía un mitin de sentidos y alcance multitudinarios. Quizá no se salven más que dos o tres libros de la farragosa producción literaria de aquella época de farsa y de chatarra.

La conquista del Estado no podía sumarse a ninguno de los dos bandos en guerra, y la única cosa que podía hacer era execrarlos cuando se podía o despreciarlos cuando el silencio se mostraba como única manera de proseguir la publicación del semanario. Lo innegable es que nuestro periódico supo mantenerse alejado de las luchas mezquinas que se libraron antes o después de instaurarse la República. Y con la generosidad de un vencedor, saludaba Ramiro desde el comienzo con alegría a sus amigos y a sus enemigos y lanzaba el grito que iba a resonar más tarde en los ámbitos de nuestra Patria: "Arriba los valores hispánicos." Como la visión histórica de los sucesos contemporáneos puede ayudarnos a penetrar con más hondura en el alma de Ramiro, ya que reaccionaba de una manera consciente contra el mundo que estaba a su alrededor, bueno será recordar algunos de esos sentimientos que despertaba en Ramiro una política condenada a perecer en corto plazo. Más tarde, en las postrimerías de 1935, volverá Ramiro a enjuiciar esta realidad. sirviéndose de un seudónimo para hablar de sí mismo con la holgura y la lejanía del que puede imaginar su pasado en tercera persona.

La conquista del Estado tenía el carácter de una revista y de un periódico; en sus páginas aparecen artículos doctrinales al lado de comentarios o sucesos de la vida ordinaria, como no había otro remedio, se preparaba la doctrina del partido y de la nueva España con pulcritud poco frecuente y se proveía de criterios para que pudiera orientarse en aquel caos de hechos el hombre medio español. Ramiro acudía a la redacción de nuestro semanario con asiduidad que delataba su decisión de abandonar para siempre las tareas intelectuales que unos meses antes le absorbían por entero, su despacho le servía al tiempo como mesa de trabajo y como cátedra de apostolado: allí preparaba sus artículos y procuraba imbuir sus principios en el corazón de los que querían escucharle. Lo que más asombra es que al leer los números de La conquista del Estado advertimos que no han perdido actualidad, porque aunque algunos artículos se refieren a sucesos ya bastante alejados de nosotros, tienen ese peculiar encanto de las cosas que recuerdan momentos decisivos de nuestra vida española y europea.

La preparación que Ramiro había logrado en sus años de estudioso le permitía vivir de acuerdo con los imperativos de su tiempo, como reconoció él mismo desde las primeras líneas del Manifiesto político. Esa preparación poco ordinaria entre nosotros N, esa manera alerta de vivir le hacen notar en seguida el anacronismo de las instituciones que le rodean, y como Ramiro pasó la mayor parte de su tiempo de estudioso en el Ateneo de Madrid, es al Ateneo al que le dedica su primer artículo polémico. Lo que más le contraría no es el hecho de que el Ateneo estuviera convertido entonces en centro político de la más despreciable ramplonería, donde las arengas encendidas habían desplazado las conferencias y la seriedad de los trabajos docentes que antes brindaban estímulo a los estudiosos españoles; tampoco le indignaba, sobre todo, el que fuera en aquellos tiempos el Ateneo centro de estudio y propaganda marxista. Lo que arranca la más vehemente indignación de Ramiro es el anacronismo, el Ateneo es va anacrónico. "Si uno redujese su cultura política a lo que se dice y se oye en el Ateneo, seguirá creyendo que nada ha acontecido en el mundo desde la Gloriosa. La vida universal del último cuarto de siglo no ha suscitado problemas nuevos ni hecho desaparecer los antiguos, según la concepción ateneísta. "

Y he aquí cómo empieza Ramiro Ledesma a encararse con las instituciones y con los usos de su tiempo, el Ateneo es para él a la vez una preocupación de la vida intelectual y una preocupación del hombre político que ahora quiere ser. Nada tan conocido de Ramiro como el Ateneo, en que había pasado muchas horas estudiando y. no pocas discutiendo, pero nada tan apropiado para suscitar la atención de un hombre que se propone dar un sentido político nuevo a las instituciones de su Patria. No es tampoco indiferente el hecho de que no le preocupe demasiado el auge intelectual del marxismo, para Ramiro las concepciones eróticas del marxismo carecían ya de vida v no había peligro de infección nacional. Desde hace algunos años ha quedado el marxismo reducido a las meras vicisitudes de la fuerza bruta, y ni su patetismo estremece ya a nadie ni sus elucubraciones

teóricas tienen va seducción ni interés. Y claro que Ramiro, que estaba pertrechado como pocos para vivir con arreglo a los imperativos de su época, está persuadido de que la fuerza por sí sola no basta y de que los regímenes que no logran hincar sus raíces en el suelo histórico en que viven, pasan como el viento, sin dejar huella en la Historia ni una idea que ilumine el futuro, aunque, como el viento, tronchen árboles y hagan creer que por allí ha pasado un alud de nieve y, de espanto.

En estas creencias que dejó en el alma de Ramiro la formación intelectual que había adquirido en sus años de estudiante universitario se insinúa ya el temblor de esa fe robusta y fría en apariencia que iba a hacer más tarde del fundador de las J. O. N. S. uno de los hombres más ecuanímenes y más comprensivos de la España de su tiempo. Porque la fe es siempre humana y fuerte, el temor nace de la tibieza de la fe o de la pretensión de simularla: las persecuciones más sañudas las han llevado a cabo casi siempre los conversos, para mostrar a sus nuevos consortes que son dignos de su confianza. Y precisamente por esto en los tiempos de crisis hay que poner en duda las manifestaciones vehementes que se hacen para bienquistarse con las normas, vitales que dicta el vencedor. La fe de Ramiro comienza aquí segura y sin alharacas, la había conquistado a solas con sus libros y la afirmaba sin hablar de ella, hablando de una institución anacrónica y quitando importancia a las elucubraciones yertas del marxismo. Por eso se comprende también que procurase dar amplitud y que ni un solo instante pusiera reparos al pensamiento audaz que no pierde el dominio de sí mismo, más tarde dirá que las J. O. N. S. son un partido de hombres libres y jamás abandonará ese mundo ancho y cambiante que se nos descubre ya en las primeras páginas de *La conquista del Estado*.

La misma fe sencilla e inmovible le hace hablar ahora con pasión. Se dirige a los jóvenes que obedecen sus consignas e intenta imbuirles ánimo y librarlos al par del influjo soñoliento del ambiente: "Quizá se asusten de nosotros las gentes pacatas y encogidas. No nos importa. Seremos bárbaros, si es preciso. Pero realizaremos nuestro destino en ésta hora. La sangre española no puede ser sangre bárbara, y en este sentido, nada hay que temer de nuestras acciones bárbaras." La fe de Ramiro habla aquí con pasión y basta intenta no razonar, pero su lenguaje está formado por palabras sacadas de la biblioteca, ya es un progreso notable en la expresión de las emociones de Ramiro que nos diga sin más que la sangre española no es sangre bárbara, pero es aún más notable ese progreso si pensamos que en esa simple afirmación está contenido el entusiasmo que pretende contagiar a las almas de esos pocos jóvenes que obedecen sus consignas. Y con este sentido que cobra la emoción en las expresiones de Ramiro en *La conquista del Estado* viene a unirse el sentido de lo histórico, por eso, cuando quiere decir algo sobre las Falanges de juventudes que va creando nuestro semanario asegura que son "hombres jóvenes que traen a España el fervor de la nueva época". Cuanto más explícito se nos muestra Ramiro, tanto más claramente se advierte su pasión y su esfuerzo para darles formas adecuadas de expresión. La Historia española le brinda lo que ya no pueden darle sus doctrinas y preocupaciones intelectuales; le brinda un criterio último que justifica todos sus actos y todas sus decisiones, pero ocurre que esos recursos no los encuentra más que en el pasado remoto, en la nostalgia; porque las generaciones inmediatas le parecen mezquinas y a veces las trata con una dureza que no se comprende más que en el ardor de la polémica. Si pensamos que ese pasado le parece hartamente vago, que Ramiro estaba firmemente persuadido de que el presente y el futuro tienen más fuerza en nuestras decisiones que el pasado, y que Ramiro no sentía predilección por la Historia, siendo su cultura histórica como la de cualquier hombre medio de su tiempo, se comprenderá mejor que era la nostalgia lo que llenaba el alma de Ramiro cuando hablaba del pasado y que su lenguaje académico y un poco frío en apariencia quería recoger un tropel de anhelos que pugnaba por salir a la luz del día y a la contienda que en aquella sazón agitaba a España.

"Si no podemos recoger tradiciones inmediatas, esfuerzos precursores articulados, sí, en cambio, disponemos de tareas solitarias y gigantes."

Otro rasgo en que se muestra este esfuerzo por dar rienda suelta a la pasión que ardía en el alma de Ramiro es el que se nos revela en sus relaciones personales. Unamuno fue de una torpeza ejemplar para todas las ansias de la juventud: hablaba con despego y con un desprecio que hablaba poco en su favor. Cuando se publicó *La Conquista del Estado*, a pesar de que nos combatía sin tregua, se le enviaban ejemplares y se hablaba de él con comprensión; y Ramiro, desde sus primeros ensayos periodísticos, no le perdió jamás de vista para ensalzarle y para ponerle de modelo a las generaciones jóvenes. De suerte que la comprensión partía de la juventud, y (Ion Miguel de Unamuno, a pesar de su experiencia y de su liberalismo acendrado, era menos comprensivo que Ramiro, entregado al ardor de la lucha y a la pasión contra el régimen liberal y contra todos sus hábitos y, modos de vivir. Ramiro ha conservado hasta su muerte una estimación sincera por muchas de las personas que habían trabajado con él en colaboraciones y centros de enseñanza, aunque se sintiera distanciado de ellas y tuviera que combatir las en el terreno de lo que no pasa de ser política. Y no hay que olvidar que en sus primeros tiempos de *La conquista del Estado* era combatido por todos los intelectuales que habían colaborado con él, porque la casi unanimidad de los intelectuales españoles se entregaron con entusiasmo a las seducciones de la política liberal o a los halagos de los partidos triunfantes.

La pasión que dejó Unamuno en el alma de Ramiro es tan trágica como silenciosa, nunca intentó explicársela Ramiro, él que no podía vivir sin comprender. Porque si hubiera intentado aclararse su devoción hacia Unamuno se habría percatado de que el fuego que creía encontrar en las páginas del solitario profesor salmantino no era más que un débil reflejo del fuego que Ramiro llevaba en su alma.

Unamuno ha despertado la pasión de un pueblo que se había quedado sin artistas, y lo que han hecho las juventudes españolas ha sido menos retórico y más solemne. Unamuno era estrecho de alma y carecía de la más pobre generosidad. Hasta los últimos momentos estuvo haciendo piruetas, cuando en España se derramaba la sangre a torrentes de esos muchachos que no pudo comprender. Y es que Ramiro Ledesma se enamoró de la retórica de Unamuno, porque eso era precisamente lo que le faltaba a él; pero, sobre todo, porque en nuestra Patria no habla escritores capaces de arrebatarnos de entusiasmo. Miró era demasiado clásico y Ortega era demasiado frío; había que aferrarse al sentido lírico que nos había dejado Unamuno entre palabras bien trabadas y sequedades que no hablaban más que del vacío que hablan dejado unos afares bien concretos y no muy singulares. Y para que se vea hasta qué punto brotaba de lo más profundo de su alma la devoción que sentía Ramiro por la significación poética de la obra de Unamuno, que tan alejada se hallaba de los afares que entonces bullían en España copio aquí uno de los párrafos que Ramiro citaba en tino de los primeros números de *La Conquista del Estado*:

"El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque o al abrigo de la montaña. Levantarán allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus pies, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al día siguiente. Y cuando alguno se muera le dejarán en la vera del camino, amortajado en su armadura, a merced de los cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos."

Lo curioso es que este párrafo no es más que un deliquio estético que forma parte de otro deliquio estético en que Unamuno nos propone nada menos que rescatar el sepulcro de Don Quijote. Ramiro, entre las muchas cosas que siente en los momentos de comenzar su lucha política, nos dice lo siguiente: "Unamuno, antes que nadie, en 1908 dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes."

Ramiro inicia su empresa sin distinguir la frontera que separa la vida real del ensueño.

Ramiro buscaba en las personas lo que ya no podía esperar de las ideas; cuando se le derrumbó el mundo pequeñito y silencioso en que había vivido, se le reveló un mundo

demasiado arisco para apasionarle. Las turbas estaban en la calle con propósitos desconocidos; los intelectuales, los que hablan sido compañeros de Ramiro, se aprestaban a recoger el fruto de sus desvelos, y en aquel desierto de ideas y proyectos ni un hombre a quien volver la mirada, ni un poeta capaz de estremecernos, ni un soñador con fuerza bastante a poner un poco de esperanza en aquel torbellino, que había desencadenado unas creencias anacrónicas y unos hombres aún más anacrónicos.

Ramiro sintió el vacío de su crisis en este mundo tan poco hospitalario, y logró dar formas adecuadas de expresión a sus anhelos, sin poder refugiarse en el pasado inmediato de su Patria.

Si Ramiro pudo llamar con justicia a las J. O. N. S. un partido de hombres libres, ¿con cuánta mayor justicia hubiera podido decirse esto de La conquista del Estado? Los amigos que colaboraron con Ramiro desde los primeros momentos eran bien distintos. y hasta de distintas ideologías: unos se marcharon con la República, otros están con los tradicionalistas, otros no hacen nada en política por falta de ímpetu o de fe y unos pocos viven como entonces, con la plena persuasión de que Ramiro ha visto con más hondura que nadie la realidad política española y de que no acertará quien no siga su huella. No es que se crea que en las obras de Ramiro está toda la verdad para siempre; si el destino no hubiera sido tan implacable Ramiro habría retocado sus obras sin cesar, como hizo a lo largo de su vida, era demasiado inteligente para creer que en la vida movidiza del Estado moderno se puede detener el pensamiento en cualquier concepción, aunque sea espléndida. Pero es que Ramiro, que estaba firmemente convencido de que para apresar las infinitas fluctuaciones de la vida hay que hacer constantes ensayos de tanteo, hubiera despreciado desde el fondo de su alma a los que hubieran envuelto sus obras en esa mística tan privativa del marxismo, que hace que sus fieles no tengan agilidad para entender las sinuosidades del curso de los hechos, creyendo que todo está realmente previsto en la doctrina del fundador: no hay que olvidar tampoco que Ramiro decía con satisfacción que las J. O. N. S. eran un partido de hombres libres. Su fe en los destinos históricos de las doctrinas políticas era demasiado fuerte para no respetar la espontaneidad de los demás.

La conquista del Estado fue un semanario escrito por un grupo de muchachos que acabábamos de salir de la Universidad, de suerte que no fuimos con una verdad va hecha, e inmutable: fuimos con el ansia de buscarla.: llevábamos un tropel de anhelos que no acertábamos a definir y un tropel de temores por la suerte aciaga que aguardaba a nuestra Patria que no sabíamos cómo desechar. Y entre todos bajo la mirada cordial de Ramiro, fuimos escribiendo páginas y más páginas, hasta que la acritud. de las circunstancias nos obligó, en octubre de 1931, a suspender la publicación de La conquista del Estado, que hoy, al cabo de ocho años, nos aparece rebosante de vida y de espontaneidad. Es muy difícil hacer nada parecido, pero es imposible hacer nada más humano y más auténtico; los que colaborábamos con Ramiro no teníamos nada preconcebido, nos entregábamos, a buscar la verdad de España con el lirismo y el temblor del que acomete una empresa en que va envuelto su destino. Aún no habla tópicos y latiguillos, nos dirigíamos a la opinión pública, pero nuestras almas se hallaban en carne viva y hablaban en voz alta, como si sus palabras pudiera llevárselas el viento en el silencio de la noche, pero el viento no se lleva jamás las palabras que brotan encendidas de pasión, y al cabo de ocho años hay que buscar en las páginas de La conquista del Estado, en las palabras de aquellas almas en carne viva y en aquellos anhelos de buscar la verdad de España, todo lo que en estos días se ha trocado en artículo de fe y a veces se nos presenta en tópicos y en alharacas. Por eso no es muy difícil encontrar afirmaciones que no se compadecen bien ni contradicciones flagrantes, que no pueden faltar en los raptos de la creación; lo que ocurre es que la lógica no tiene nada que hacer donde está la vida, y las contradicciones no se ven a la luz de la espontaneidad

La Conquista del Estado tenía la virtud de ir recogiendo las incertidumbres y los hallazgos de sus colaboradores Y los ensayos de Ramiro para dar forma de expresión al

entusiasmo que ardía en su corazón de hombre fuerte. No carece de interés el grupo que hacía La conquista del Estado; lo formaban muchachos de distinta vocación y de muy opuestas intenciones, pero como hablar de ellos requeriría grande espacio y quebrantaría la unidad de propósito que anima estas páginas, prefiero hablar solamente de Ramiro, aunque no pueda olvidar un solo instante a mis camaradas de aquellos días de sinceridad y de acritud, en que no había más remedio que vivir a la intemperie y forjarse cada cual sus propios medios de expresión, porque da la feliz casualidad de que aún no había nacido el tópico.

Cuando vamos releendo los números de La conquista del Estado tenemos la impresión de que las ideas tienen tan poca importancia para Ramiro, que las utiliza solamente cuando le falta alguna frase lapidaria. Si nos fijamos con atención en sus artículos veremos en seguida que están hechos con cuatro o cinco ideas, que se repiten una y otra vez, como si Ramiro hubiera intentado hacer con ellas un poema inacabable. En cuanto se encara con el liberalismo le llama anacrónico; si quiere combatir contra el marxismo le llama anacrónico; cuando intenta justificar el alejamiento de la lucha que entonces se libraba en España para instaurar la República o para sostener la Monarquía, dice que es ese un viejo pleito de leguleyos, también anacrónico; pero cuando quiere decir algo más concreto no se le ocurre más que esto: "el esfuerzo revolucionario hoy no puede gravitar en torno a esos conceptos envejecidos de Monarquía y República sino que los obsesivos deben ser otros". Y con esto se queda tranquilo Ramiro.

Otra de las ideas que usa a menudo para combatir al enemigo es la sinceridad, que para Ramiro brota de la autenticidad histórica; es decir, de que los hombres estén empeñados en la defensa de dogmas que sean posibles en su tiempo, que no sean anacrónicos. Y ahora nos sale al paso la coincidencia de la fe de Ramiro en los destinos de la Historia con la exigencia radical de la sinceridad humana. Ya he dicho que Ramiro fue uno de los más asiduos discípulos y seguidores de don José Ortega y Gasset, que se halla todavía empeñado en la elaboración de una intuición filosófica de la vida y se preocupa en todos sus trabajos de la radical inautenticidad que aqueja al hombre de nuestro tiempo. Ramiro ha recogido de las preocupaciones de Ortega ese afán nobilísimo de sinceridad, como recogió antes la fe en los destinos históricos de los tiempos. Para su antiguo maestro tuvo siempre el respeto y la lealtad que conservan todas las almas sinceras cuando no están ateridas.

Ramiro piensa que la lucha en la calle es más sincera que la lucha en las urnas; la lucha entre los hombres le parece más auténtica que la lucha entre las ideas, y es que don Miguel de Unamuno pedía, no ideas que pusieran en marcha a los pueblos, sino hombres que pusieran en marcha las ideas. Ramiro Ledesma, desde los años en que no vivía más que para el estudio y la meditación, iba elaborando su intuición inefable del mundo y de la vida, mejor sería decir que esa intuición se iba elaborando en los adentros de su alma sin la cooperación de su conciencia, pero cuando sale a flor de labios nos aparece profundamente arraigada en el alma y los sentimientos de la tradición y de la angustia española. De una parte recoge lo mejor de don José Ortega y Gasset, de otra parte se apropia lo más humano y entrañable de don Miguel de Unamuno, y estos dos egregios pensadores, que durante un largo espacio de tiempo se creyeron inconciliables, colaboraron en la formación de un modo de vivir que tiene toda la prestancia de la conciencia histórica y todo el calor de la vida humana, abandonada a su albedrío. Otra de las pocas ideas que usa Ramiro en La conquista del Estado es que los hombres anacrónicos que no padecen por cálculo el anacronismo no tienen más que razones, son demasiado simples, casi elementales, como dice en alguno de sus artículos Esta simplicidad alcanza por igual al liberalismo "trasnochado" -º al comunismo que se había quedado en las ideas económicas de las postrimerías del siglo pasado. El anacronismo, la sinceridad humana y la simplicidad de las construcciones racionalistas se amalgaman y se implican mutuamente. Los partidos anacrónicos, como no pueden tornar savia de la vida en torno, tienen que refugiarse en las elucubraciones de la razón, los partidos que no

tienen más base que la base fría y rígida que les presta la razón, como en la vida que fluye y se transforma a su alrededor no hallan seguridad y encuentran contrastes por todas partes, tienen que guarecerse en las creaciones políticas del pasado. que ya no cambian ni se contradicen, como no se contradice ni cambia lo que ya está desprovisto de calor y de vida. Por último, la sinceridad humana quiere que el hombre reaccione de una manera apropiada frente a cada peripecia de la vida en torno, de manera que es preciso que el hombre no esté preso ni en las ideas que ya no le sirven para nada, ni en las abstracciones, que le aíslan de la comente de la vida y le hacen creer ingenuamente que se halla en posesión de todos los secretos del universo. Las pocas ideas que maneja Ramiro en La conquista del Estado tienen una misma raíz y persiguen un mismo fin, todas brotan de lo más entrañable de nuestra vida v propenden a crear una España fuerte y generosa, que tenga el valor de afrontar su destino con alegría y sin ambages y el de abandonar a cada hombre a la custodia de su propio albedrío. Y cuando vemos a Ramiro entregado a sus quehaceres o afanado en las polémicas de aquel tiempo, nos parece que todas las ideas que se apropió en sus años de apartamiento han cobrado carne y alma, no ha olvidado el rumor blando y lleno de esperanzas que percibía su alma en los deliquios del conocimiento todo forma ya parte inseparable de su vida. La cáscara del conocimiento que se conserva en la memoria se va perdiendo con el tiempo y la falta de ejercicio, pero queda algo infinitamente más valioso, queda ese vago murmullo que no dice nada de cosas pasadas, nos habla únicamente de lo que hemos sido, de lo que quisimos ser, de lo que pudimos ser. Con ese aliento de nuestro pasado, en la quietud y en el recogimiento de nuestra intimidad, se va haciendo día a día esa inefable historia de la vida de cada uno que no pueden leer los hombres. Por eso, al cabo de tantos años, se nos muestra la tarea política de Ramiro henchida de vida, y tenemos la seguridad de que, cualquiera que sea el destino que aguarde a sus doctrinas, las encontraremos siempre actuales, con esa actualidad milagrosa que conservan todas las obras humanas, en que su creador ha dejado su sello personal.

Esta hondura humana, que no se paga de conocer el secreto más recóndito, pero que deja a un lado todo lo que no brote espontáneamente de la vida en crisis, le presta a Ramiro una elegancia en sus polémicas que no estaba entonces en uso corriente, cuando ataca con mayor acritud se dirige contra partidos o contra estados de opinión, los hombres no juegan un papel muy acusado en las polémicas de aquellas horas. Hace falta que se cometa un delito flagrante para que Ramiro se decida a arremeter contra un hombre en particular, no es necesario emplearse en la polémica con los hombres. basta el ardor humano de Ramiro para no dejar dudas sobre las cosas que se discuten ni permitir que nadie crea que se trata de ventilar un pleito entre ideas de distinta altitud histórica. Lo que presta más dureza a las polémicas de Ramiro es la sinceridad del adversario, porque no se combate para poner frente a los principios del enemigo los nuestros, Ramiro no ataca a sus enemigos más que descubriendo su inautenticidad, lo más que les dice es que no son sinceros, que van a abandonar al pueblo cuando estalle la revolución que le están predicando. Como ejemplo de esta manera humana de combatir voy a copiar un párrafo de uno de los artículos que escribió cuando se preparaban las elecciones que derrocaron la Monarquía. Apareció en el número cuatro de La conquista del Estado, correspondiente al día 4 de abril de 1931, diez días antes de la instauración de la República: "Venimos poblados de afirmaciones terminantes, que ofrecemos al pueblo con las dos manos, dispuestos a su difusión máxima. Es intolerable la circulación de la farsa, que no vacila en ofrecer la sangre del pueblo para el triunfo de todos los equívocos, frente a toda esa morralla de los jefes republicanos, que enardecen al pueblo y luego le abandonan, en los momentos revolucionarios más críticos; que despiertan la apetencia revolucionaria y luego no desean ni quieren la revolución, dejando a las masas inermes, sin caudillos, frente a las huestes socialistas, que se satisfacen con el afán señorito de los mandos fáciles, traidores a la finalidad social, que informa la raíz misma de sus fuerzas, frente a todo eso, un régimen alicaído, depauperado y moribundo, que hace y no hace, desertor y tembloroso."

Claro es que Ramiro no nos decía lo que era preciso hacer para defender aquel régimen desertor y tembloroso, ni mucho menos cómo había que sortear el anacronismo que iba a entronizar la República y que tantas iras despertaba en el alma de aquel muchacho, no avezado aún a dar soluciones ni a pasar de la reacción humana, que provocaba en él una situación anacrónica, forjada con abstracciones vacías y poco propicias a la sinceridad. Esta falta de soluciones concretas permitió a Ramiro ver desde lejos lo que pasaba en la contienda, pero, a la vez, es síntoma de que el día que Ramiro diga cosas apropiadas a la exigencia del momento no van a ser meras opiniones, sin duración ni consistencia, sino que van a surgir de lo más hondo y entrañable de su vida en un raptó de sinceridad y de entusiasmo. Y cuando más tarde van apareciendo en la revista JONS, tienen la prestancia y el temblor de una confesión personal, aunque se expresen en un lenguaje duro y preciso y no sea fácil ver en ellas ni un rastro de cualquiera de los sentimientos que cooperan en todas nuestras creaciones.

Tal vez por esto olvidará el anacronismo del credo político de Unamuno y le dedicará tantos elogios y tanta pasión. cualquiera que hubiera oído hablar a Ramiro contra el régimen liberal y luego hubiera escuchado las diatribas de Unamuno contra todo lo que defendía La conquista del Estado, no acertaría a explicarse la pasión ardiente de Ramiro ni la insistencia con que hablaba de Unamuno; no acertaría a explicarse esto, como no acertaría a explicarse nada de la obra de Ramiro quien no presintiera las formidables corrientes de pasión que había en su alma. Ramiro estaba siempre abroquelado en su hermetismo, era muy difícil llegar a él, sólo después de una amistad larga y cordial se comenzaba a mostrar su rica intimidad apasionada; además, como la época que le cupo en suerte aún carecía de modos claros de expresión., no había posibilidad, por lo común, ni de presentir sus afanes personales, ni de hacerle preguntas que pudieran descubrirnoslo.

Una vez instaurada la República, todos los artículos de Ramiro se encaminaban a mostrar que la revolución estaba en marcha, el separatismo amenazaba destruir la unidad de España, el marxismo amenazaba sumirlo todo en un caos de barbarie y de podredumbre, el anarquismo de la Confederación Nacional del Trabajo amenazaba con turbar a cada instante la tranquilidad de la vida pública. La revolución estaba en marcha, lo que no se sabía entonces es quién iba a llevarla a cabo. Todos los partidos vieron claramente esta realidad y se aprestaron a captar prosélitos sin imponer condiciones, todos prometían frutos sin cuento, lo importante era tener mucha gente que, en un momento, pudiera empuñar las armas o dar una mayoría parlamentaria, que permitiera alzarse con el Poder después de haber sofocado una revolución de los partidos en pugna. Y esta realidad, que se veía desde el advenimiento de la República, se presentó en 1934, pero Acción Popular, que estaba en el Poder a la sazón, no supo aprovecharla. Esta flaqueza dio pábulo al Frente Popular y, más tarde, a lo que está grabado con letras de fuego en el alma de España.

Pero, a pesar de haber visto Ramiro con toda claridad que se había abierto una era revolucionaria, no pudo hacer nada. como unos meses antes, estaba condenado a esperar, no podía hacer otra cosa. Y en pleno período de agitación social y religiosa, cuando era más recia la contienda y se presagiaban mayores males, Ramiro tuvo que suspender la publicación de La conquista del Estado. Pero cuando ahora vemos triunfantes sus emblemas y consignas, nos consolamos pensando que aquella espera no fue baldía, en ella se preparó el partido que iba a suministrar las doctrinas y la lírica a la España joven que había llamado Ramiro con angustia. Y a los cuatro años de desaparecer La conquista del Estado, cuando ya estaba muy lejos en el tiempo, pero aún más lejos en las vicisitudes de la vida española, Ramiro Ledesma, usando el seudónimo de Roberto Lanzas, de que ya se había servido en la revista JONS, escribía la historia de La conquista del Estado y nos dejaba un juicio desapasionado acerca de la misión que había cumplido aquel semanario casi desconocido. Como este juicio tiene la virtud de ser del propio creador de La conquista del Estado y la ventaja de haber sido escrito mucho tiempo

después y sin pasión polémica, voy a copiarlo aquí como apareció en la edición de ¿Fascismo en España?, publicado en 1935:

"¿Bajo qué signo histórico cabe apreciar y enjuiciar la publicación de La conquista del Estado? Ya hicimos alusión a las circunstancias en que nació y tuvo que desenvolverse. Ante la avalancha demoliberal de 1931, ese periódico, que aparecía totalmente inmunizado contra toda bandera liberal burguesa, se dio cuenta de que le estaban vedadas las eficacias de carácter inmediato." Ledesma Ramos decía por ello, frecuentemente, a sus camaradas los redactores que debían tener conciencia clara de que, por el momento, las ideas de La conquista del Estado no podían plasmar de un modo victorioso, y que el destino del periódico en tal coyuntura sería el de batirse en guerrilla, e incluso perecer como publicación. Pero que tiempos vendrían, en fecha no lejana, recogiendo el espíritu y la eficacia de sus luchas.

La situación dramática del periódico y del grupo consistía en que permaneciendo, desde luego, en oposición al vicio Estado monárquico, entonces agonizante, estaba, asimismo, en radical disconformidad con el espíritu que informaba a las fuerzas republicanosocialistas, encargadas de sustituirlo.

La conquista del Estado significa el auténtico nacimiento de un espíritu político y social nuevo en la juventud española. Como toda cosa recién nacida, tenía delante un posible período de vacilaciones, de equivocaciones, de provisionalidad, si se quiere.

Lo primero que hoy advertimos repasando su colección es ese carácter suyo, de cosa aún no madura, que busca precisamente llegar a desarrollarse con el máximo de lozanía en el futuro.

Es evidente que en cualquier otro momento histórico que hubiese surgido habría encontrado una atmósfera más propicia, menos inclemente. Pero nacer en una coyuntura como la que ofrecía España en abril de 1931, estando en desacuerdo con el régimen que se extinguía y en desacuerdo también con los que lo derrocaban, equivalía, naturalmente, a desplazarse del plano de las eficacias inmediatas.

El periódico, sin embargo, no abandonó su misión. Pudo haberse embarcado con las tendencias que entonces existían o, por lo menos, seguir el mismo destino de los grupos a quienes ayudó y sirvió de flanco, pero tuvo la honradez y la conciencia histórica de no hacerlo. Sostuvo, sí, campañas convergentes con los sindicalistas, con las actividades revolucionarias de Franco, etc., etc., mas no se identificó ni podía identificarse, a menos de traicionar su signo- con ellos, ni tuvo el menor propósito de extraer del río revuelto revolucionario la más mínima ventaja a costa de su propio ser.

Que, en electo, llevaba dentro eficacias considerables y que representaba de veras con su adscripción a la doble empresa nacional y social, fusionadas y fundidas en una sola, una voz de gran futuro, lo demuestran los hechos posteriores, ya que es innegable que este periódico constituye el foco inicial de los movimientos luego señalados y destacados como fascistas. Y lo demuestra también que hoy, su mismo vocabulario y las organizaciones a que dio vida predominen en la Juventud y vayan extendiéndose a otras zonas sociales más amplias.

"J. O. N. S."

En el mes de mayo de 1933 apareció la revista JONS, órgano teórico de las juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista y, lo que no vale menos, órgano histórico de expresión del partido. Las J. O. N. S. era un grupo más o menos numeroso de muchachos que actuaba de una manera variable, a merced de las circunstancias y de los escasos medios que tenía a su alcance. Los fundadores de las juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, J. O. N. S., fueron diez, y los que tomaron parte en el momento de su constitución oficial no fueron

más que nueve. Las J. O. N. S. fueron fundadas el día 30 de noviembre de 1931, un mes después de la desaparición de La conquista del Estado. Como los hechos del partido son meras anécdotas y no aclaran ninguno de los rasgos de la personalidad de Ramiro Ledesma, que es precisamente lo que aquí importa, es más adecuado a mi propósito seguir paso a paso las rutas que iba abriendo la revista porque, además de ser el órgano teórico de las J. O. N. S., como entonces no disponíamos de otra, se hallaba fuertemente incluida por la política que se hacía en España y en sus páginas iban apareciendo las circulares que requería el momento y las consignas precisas que daba Ramiro Ledesma a los grupos que iban formándose en todas partes.

Por otra parte, la revista JONS atraía el fervor y el interés político de su creador, porque los grupos con que en aquella sazón se contaba no podían emprender una acción política de largo alcance, y porque nuestra revista era el único medio de mantenerlos unidos y obedientes a una sola orientación. En su libro *¿Fascismo en España?*, Ramiro Ledesma, usando el seudónimo de Roberto Lanzas, escribía estas palabras: "La revista mensual JONS cumplía su misión orientadora de un modo magnífico. Su colección -se publicaron once números, y duró año y medio, siendo suspendida gubernativamente dos o tres veces- es hoy la única referencia teórica y la única fuente donde aparecen explicadas las consignas del jonsismo.

"Puede decirse que el movimiento jonsista salió íntegro de la revista. En ella, surgieron tanto el vocabulario como las ideas, los gritos y la bandera que han sobrevivido a todas las peripecias del partido, y que hoy constituyen la única sustancia sugestiva, fresca y nueva incorporada por los grupos fascistas."

Y en estas palabras de Ramiro Ledesma, encontramos el alto aprecio en que tenía a su revista y la honda influencia que ha ejercido en la vida española de entonces; pero, al propio tiempo, encontramos la afirmación más tajante sobre lo que más nos interesa averiguar: Ramiro nos dice, sin reticencias, que el medio más idóneo que en aquella época tenía su afán político de expresarse y hacerse visible a los demás era esta revista pequeña, que no duró más que año y medio y que nos trae todas las cosas que cobran amplitud y prestancia nacionales.

En la portada del primer número de JONS, que apareció en mayo de 1933, se destaca sobre un fondo rojo el haz de cinco flechas cruzadas por el yugo: este emblema, al decir de Ramiro, tiene la ventaja de ser al par sencillo y evocador de las más gloriosas aventuras del genio político y guerrero de España. La revista apareció en el momento de agonía de los partidos que instauraron la República, y no despertó poco interés, aunque fueron los estudiantes los que más de lleno se entregaron a sus consignas: las juventudes obreras estaban un poco fatigadas de la política que se había llevado a cabo en su nombre por los representantes marxistas que tenían en el Gobierno, y no se entregaban fácilmente a unos dirigentes que eran de extracción universitaria, aunque perteneciesen a los más bajos estratos de la clase media española. La desilusión que iba ganando poco a poco a los que esperaban algo del partido socialista hacía que el partido de extrema izquierda, la Confederación Nacional del Trabajo, agrandara sus recursos, al tiempo que ensanchaba sus filas de una manera asombrosa; y este desplazamiento de fuerzas proletarias fue lo que más contribuyó a dar el triunfo a los partidos que triunfaron en las elecciones de noviembre de 1933. Porque los anarcosindicalistas, consternados por las tropelías que habían perpetrado los socialistas desde el Poder, se negaron a tomar parte en la contienda electoral y prefirieron hacer solos la revolución armada, que, en efecto, hicieron días después de las elecciones, y que fue sofocada sin dificultad por las fuerzas del Gobierno de transición, que se formó para presidir la lucha electoral y para dar el Poder al vencedor. Nuestra revista nacía en una ocasión bien propicia, pero la reacción que imperaba en España era tan formidable, que los grupos tradicionales de derechas se perdían en una maraña inextricable, que no permitía divisar posturas ni perfilar creencias auténticas, la lucha estaba empeñada contra el marxismo, y se corría el riesgo de falsear el alcance de la victoria. Nosotros teníamos que permanecer aislados, de lo contrario, nos perderíamos

en aquella barahúnda que se ofrecía voraz a todos los partidos que no tuvieran la sangre iría de afrontar las circunstancias sin abandonar su personalidad.

Ramiro Ledesma define en la primera página de JONS el carácter de la política que va a emprender el partido y la significación de la revista que empieza a publicarse. Y, como si no estuviera muy seguro de permanecer alejado de la seducción teórica, nos dice, con firmeza e insistencia, que la revista no va a ser más que una expresión lejana de las tareas que va a llevar a cabo el partido, después de exaltar la acción revolucionaria, que casi siempre califica de eficaz. nos asegura que no hacen falta razones para luchar contra el marxismo. Luego afirma que la tarea de dotar a las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de unas bases teóricas que justifiquen su actuación ulterior, no implicaría en modo alguno abandono de las urgencias de cada hora, y, como si con todas estas afirmaciones no se sintiera aún tranquilo, da a los resultados teóricos que pueda lograr la revista el carácter de órdenes que han de ser obedecidas sin vacilación y que los propagandistas no podrán perder de vista. Cuando leemos todas estas prevenciones nos asalta la duda de que Ramiro, por el hermetismo que poseía su alma, no se atrevía a confesarnos ni a confesarse el profundo deleite que sentía pudiéndose entregar a una labor de hondura que no quedase encerrada en la fuga del momento ni se enturbiara con la podredumbre de aquella época, relajada y sin precedentes, de nuestra política contemporánea, Ramiro ha sido un soñador de acción. La revista JON S aparece con la misión de explicar las razones que apoyan nuestra batalla, es decir, con un carácter de órgano secundario del partido, pero al leer las palabras que escribía Ramiro Ledesma dos años mas tarde en su último libro ¿Fascismo en España?, con el seudónimo de Roberto Lanzas, la sospecha se trueca en certidumbre. Ramiro nos ha dejado en esas palabras que he copiado la idea que le movió a publicar la revista JONS y su orgullo por el triunfo. Y es necesario notar que el triunfo de JONS ha sido puramente teórico: lo que hizo nuestro partido no hubiera pasado jamás a la Historia de España, y después de suprimir la publicación de la revista desapareció por completo la huella de Ramiro en la vida pública hasta que volvió a publicar sus dos últimos libros. Ahora resulta que el triunfo teórico de JONS, lo que ha dado alma y vida a las consignas de la nueva España, es, al propio tiempo, un triunfo personal de Ramiro, los demás fuimos colaboradores más o menos influyentes en las doctrinas del partido y en las orientaciones de la revista, pero nada más que colaboradores.

Para hacernos comprender que muchas cosas de las que hacemos están fuera del alcance de nuestra razón, Ramiro habla de impulsos primarios, de eso que llama, demasiado influido todavía por la terminología racionalista que había manejado tanto, nuestro ser elemental.

Y para justificar de una manera más reiterada la necesidad que tenía el partido de razones claras, acude a la idea que viene repitiendo desde los primeros números de La conquista del Estado: nuestra generación ha tenido necesidad de afrontar la vida enmarañada de su tiempo sin el apoyo de las generaciones precedentes, más aún: reaccionando con vigor contra lo que habían hecho o pensado las generaciones precedentes, había que encararse con la vida sin otro bagaje que el feble y tornadizo de una nostalgia. El pasado histórico o soñado de España viene a prestar emoción a nuestra revista, el hecho de que sea más o menos ingenuamente recordado no dice nada contra esa emoción; no había historiadores ni se trataba de sacar a la luz pública hechos desconocidos y, sobre todo, no ha esperado nadie jamás suscitar un torrente nacional de emoción aquilatando la veracidad de uno de esos testimonios que se encuentran de cuando en cuando perdidos entre montones de polvo y de olvido.

Al final del artículo de presentación y justificación de la revista escribía Ramiro: "El Movimiento J. O. N. S. es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir o reconstruir estrictamente una nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles. "En ese

párrafo están ya los fines que luego se van a acuñar en una breve consigna: Por la Patria, el Pan y la Justicia. Y en la última página de este primer número de la revista JONS aparece la otra consigna que tanta fortuna iba a hacer en la España victoriosa: España una grande y libre.

Por último, se recomendaban unos libros para exaltar el sentimiento patriótico y hacer que se entendieran los afanes que poseían en aquel tiempo a los pueblos alemán e italiano y se enunciaban los puntos esenciales de nuestro programa. Son bastante doctrinales y más que responder a las necesidades del momento tenían el encanto de su imprecisión y la imprecisión de una promesa.

1. La rotunda unidad de España.
2. Imponer a las personas y a los grupos sociales el deber de subordinarse a los fines de la Patria.
3. Máximo respeto para la tradición religiosa de nuestra raza.
4. Expansión imperial de España y política nacional de prestigio en el extranjero.
5. Sustitución del régimen parlamentario por un régimen español de autoridad, que tenga su base en el apoyo armado de nuestro partido y en el auxilio moral v material del pueblo.
6. Ordenación racional y eficaz de la Administración pública.
7. El exterminio y la disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales v traidores.
8. La acción directa del partido.
9. La sindicación obligatoria de todos los productores, como base de las corporaciones hispanas de trabajo, de la eficacia económica v de la unidad social española que el Estado nacionalsindicalista afirmará como su primer triunfo.
10. El sometimiento de la riqueza a las conveniencias nacionales, es decir, a la pujanza de España y a la prosperidad del pueblo.
11. Que las Corporaciones económicas y los Sindicatos sean declarados organismos bajo la especial protección del Estado.
12. Que el Estado garantice a todos los trabajadores españoles su derecho al pan, a la justicia y a la vida digna.
13. El incremento de la explotación comunal y familiar de la tierra. Lucha contra la propaganda antinacional y anárquica en los campos españoles.
14. La propagación de la cultura hispánica entre las masas.
15. El examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.
16. Penas severísimas para aquellos que especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo.
17. Castigo riguroso para aquellos políticos que favorezcan traidoramente la desmembración nacional.
18. Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados, de modo preferente, a la juventud de la Patria, es decir, a los españoles menores de cuarenta y cincuenta años. " El primer número de JONS se difundió profusamente en toda España y parecía el mensaje de un futuro remoto y legendario, que no tardó en llegar más que tres años y que ya se ha hecho otra vez pasado.

El éxito de la revista llenó de alegría el corazón de Ramiro, que esperaba de ella mucho más de lo que nos había asegurado en su artículo y que esperaba mucho más de sus ideas que de los medios que tenía a su alcance para emprender esa acción política que anunciaba en todas partes. Con Ramiro colaboramos en aquel número los que habíamos colaborado en La conquista, del Estado, la continuidad de nuestra historia silenciosa y minúscula no había sufrido merma. JONS venía a ser de este modo la forma de expresión de un partido y de un hombre y de un momento que no puede olvidarse en la historia contemporánea de nuestra Patria. La revista estaba en la calle, ya tenían órgano adecuado de expresión las esperanzas y los anhelos que en aquellos años estremecían el alma de España.

Y Ramiro fue quien mejor recogió esas esperanzas y esos anhelos. Cuando se percató de la íntima resonancia que habla logrado despertar la revista en las almas jóvenes de los españoles que todavía conservaban una brasa de esperanza y sintió con deleite que estaba dentro de la misión que le había conferido su destino, el entusiasmo que se apoderó de él no tuvo freno; aquella revista que había soñado con tanto amor y que había aparecido con una justificación en que Ramiro intentaba mitigar el interés que sentía, aquella revista venía a ser ahora el medio más apropiado de ponerse en relación con los grupos de españoles que aguardaban una coyuntura propicia para hacer algo en provecho de su Patria. Lo que entonces hubiera podido hacer el partido no pasaba de la esperanza y el sacrificio; y otra vez, como en los tiempos de La conquista del Estado, en medio de un enjambre de malos presagios y de ansias de redimir a España, no se le presentaba a Ramiro más que un camino: esperar. Lo que ahora, al cabo de seis años, nos asombra es que esa espera fue lo más fecundo que se hizo en esa época y lo único que ha logrado un interés histórico que rebasa el marco de lo anecdótico. Ramiro perfila en los números siguientes de JON S lo que en las páginas de La conquista del Estado había dejado a manera de presentimientos, y al par que gana en madurez y sagacidad su genio político se entrega con más deleite al sueño de la acción, por eso todo lo que nos va diciendo a lo largo de sus escritos se encamina a la acción. El empacho de doctrinas y saberes viene a colaborar con los temores de ver a España en manos del marxismo, y otra vez, por singular designio del destino, la historia íntima personal de Ramiro se conjuga con la historia íntima nacional de España. Quizá todo esto sean meras casualidades pero, aparte de que ya son demasiadas, se acrecen con la de que hayan sido las consignas y los principios de Ramiro los que han prestado sangre y alma a la España victoriosa, y si recordamos que en los días en que se publicaba la revista JONS se movían muchos partidos más expertos y avezados a las luchas políticas que el nuestro, concluiremos sin vacilar que no ha sido pura casualidad que se encuentre en los escritos de Ramiro la raíz que tiene la España que nace en la Europa que ha conseguido librarse de los peligros de un escepticismo que no hallaba cosa en qué creer y de un ansia de goce que no hallaba modo satisfactorio de vivir. "Aquí reaparece nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es ni más ni menos devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, la capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del Globo, a sabiendas de que en cualquier lugar que se halle, españoles de otra época dejaron y sembraron cultura, civilización y temple." "Sabemos que la captación de militantes ha de ser lenta y difícil porque incorporamos a la política española afirmaciones y negaciones de novedad rotunda. Metro a metro avanzaran nuestras conquistas, logrando soldados populares para la acción revolucionaria del partido." En estas palabras nos ha dejado Ramiro Ledesma su -fe y su decisión de llevar a cabo una obra larga y honda: la firmeza que han inspirado estas palabras es la que piden los españoles, es la firmeza que quiere imbuirles en el corazón a través de sus discursos y de sus escritos. Y aquí tiene el pasado de cada país una misión inagotable que llenar, porque la nostalgia de una época heroica hace que todos los pueblos sientan su profunda unidad histórica y que todos los hombres sientan como un don del cielo su pertenencia a un país. Pero la Ilustración había minado hecho estas creencias y había sentirse al hombre a gusto en la soledad y desarraigado de toda íntima

comunidad humana. Y aunque el romanticismo presintió con horror las consecuencias de este aislamiento, no fue posible mostrar al hombre europeo nada con suficiente deducción para llevarle de nuevo a la comunidad en que vivió hasta el día en que la razón quiso gobernar el mundo a su antojo. Tanto los movimientos socialistas tibios como el marxismo yerto y académico pretendieron algo parecido; la comunidad se mostraba a fines de siglo con rasgos seductores en demasía en el horizonte europeo, pero la comunidad que preconizaba el socialismo no era humana, no era más que una mera comunidad de cosas. Y con la desaparición de la fe en la validez universal y necesaria de todos los principios proclamados en el siglo XVIII se vino abajo la pretensión de que cada hombre se sintiera unido íntimamente, no a su Patria, sino a esa tremenda abstracción que se nos presentaba con el nombre de Humanidad. Pero poco después se caía en la cuenta de que la manera más profunda y universal de vivir es la que tiene como punto de partida y como fin la originalidad intransferible de cada pueblo; no es que sea recomendable abroquelarse contra los hallazgos ájenos.: por el contrario, cuanto más honda sea la fe en la originalidad de un pueblo, tanto más se sentirá la necesidad de conocer la originalidad de los otros. No hay que olvidar que la fe no se abroquela jamás contra lo que se nos ofrezca como digno de estimación; en estos tiempos de crisis que corren hay que estar en guardia contra el que quiere engañarse y contra esos imponentes aludes de farsantes que infestan el mundo y tienen toda la apariencia temerosa de una plaga que puede anegarnos en vileza y en incertidumbre.

Ramiro nos habla de la eficacia política, de su constante preocupación desde que escribió el Manifiesto político en 1931; la eficacia tenía para él la doble significación de precisar el sentido que pudieran tener sus doctrinas en la política española y de pensarlas en relación con las tareas más urgentes que era preciso acometer en cada instante. De esta manera se presenta la eficacia como remedio contra el peligro de ensartar especulaciones y dejarlas caer sobre el vacío, pero a la vez tiene para Ramiro la peculiarísima seducción de hacerle sentir la fuerza irresistible de la acción como fondo de todos sus pensamientos y deseos. "Antes que a ningún otro, las J. O. N. S. responderán a un imperativo de acción, de milicia. Sabemos que nos esperan jornadas duras porque no nos engañamos acerca de la potencia y temibilidad de los enemigos que rugen ante nosotros. Sépanlo todos los "jonsistas" desde el primer día; nuestro partido nace con más miras a la acción que a la palabra."

"Naturalmente, las J. O. N. S. sienten la necesidad de que en el plazo más breve la mayoría de los españoles conozcan su carácter, su perfil ideológico y su existencia política. Bien. Pero un hecho ilustra cien veces más rápida y eficazmente que un programa escrito." Y a continuación nos dice que los marxistas no tolerarían la difusión de nuestras doctrinas, la fe en los destinos históricos de nuestro tiempo resuena aquí nuevamente referida a una actitud concreta, a la más primaria consigna de nuestros días de lucha.

La necesidad de acción que siente Ramiro le brota del derrumbamiento del mundo en que había creído hasta poco antes de emprender la publicación de La conquista del Estado: hombre de nuestros días, sabe que no es posible hallar justificación en las tareas del conocimiento, y como fuera del conocer no hay más que dos modos posibles de vida, el que brota de la entrega a la seducción de cada instante y el que se logra cuando nos sentimos asistidos de la mano de Dios y nos dejamos caer en brazos del acaso, tiene que elegir entre la acción política llena de premuras y sobresaltos y la contemplación silenciosa en el sosiego de la religiosidad o en la placidez y el ensueño del arte. No es posible vivir de otro modo cuando se nos descubre al par nuestra poquedad y el riesgo que corre un mundo milenario de ser despedazado por las fuerzas que alimenta en sus entrañas. Hoy está demasiado claro el signo de la crisis que ha padecido Europa, pero en los tiempos en que Ramiro se lanzó a la vida política se hallaba el hombre en poder de un tropel de anhelos que no le daban tregua para el reposo ni le mostraban con claridad su misión intransferible. Había que obrar guiado por el presentimiento. la razón presentaba como buenas varias de las rutas que había abandonado la generación precedente, y en aquella

disparidad que llenaba de zozobra el alma de la juventud, se sentía ese vago cansancio de los que no están a gusto más que cuando dan rienda suelta a su originalidad. Si la vida se nos mostraba entonces demasiado enigmática y, no era fácil descubrir el camino que nos estaba reservado, puede imaginarse con facilidad la lucha que tendría que librarse en el alma de Ramiro, tan apegado a los hábitos de la vida intelectual y tan amigo de la precisión y de la eficacia, para haber conseguido acuñar unas doctrinas que hoy nos aparecen como fondo de la política española y unas consignas que suscitan el entusiasmo de las juventudes que tienen la firme decisión de encararse en cuerpo y alma con el destino que les ha cabido en suerte. La eficacia tiene la virtud de Justificar una actitud política, a lo menos en tiempos de riesgo inminente, y en estos tiempos no se puede concebir seriamente una doctrina que no se encamine a la acción; parece que naufragan todas las cosas y no queda otro remedio que el de apresurar el salvamento.

En los números de JONS se va haciendo con bastante escrupulosidad una crítica de los partidos que entonces estaban en auge, uno en el Poder y otros en la oposición, en los regímenes democráticos no cuenta demasiado la circunstancia de que un partido cuente con más o menos diputados, cualquier hombre puede subir al Poder de la noche a la mañana tan fácilmente como puede ser lanzado al ostracismo desde el más frenético entusiasmo popular. Aunque se suponga un régimen en que impere el más desafortunado capricho personal, no es posible suponer cambios tan bruscos como los que acaecen en los regímenes en que se vive sometido al capricho de la masa. Aquellos partidos que había en España han perdido ya su perfil político y algunos hasta su vigencia; para nosotros carece de interés y para los que intenten historiar aquel período sólo tendrán un interés anecdótico. Lo grave es que en la historia de las naciones hay largos períodos en que no se puede hacer más que historia anecdótica y en que tal vez lo más piadoso sería hacer un paréntesis de olvido. Por otra parte, la crítica de los partidos que se iba haciendo en los números de JONS estaba casi siempre inspirada en la pasión del que escribe con la mira puesta en la acción, y es natural que unos partidos se enjuiciaran con más simpatía que otros. Si no quisiéramos engañarnos tendríamos que reconocer que las cosas que se dicen en tiempos de marejada no sirven, por lo común, cuando amaina el temporal, parece que todo se orienta hacia la acción y que hasta el pensamiento se niega a mostrar su hechizo a los que tienen la obligación ineluctable de acudir a la brecha. Ramiro Ledesma nos ha dejado en esta crítica de los partidos de su tiempo un deseo de comprender y un deseo mucho más vehemente de poner en la calle sus tácticas y sus consignas. Para los que pretendan hacer la historia política de las J. O. N. S. no hay pocas cosas sugestivas en esta crítica que hace Ramiro de los partidos de su tiempo, para mí, que, como dije desde el comienzo, sólo me importa la reacción humana de Ramiro Ledesma ante las cosas que hace o piensa, sólo hay en esta crítica la confirmación de los dos impulsos que lleva en su entraña la vida del fundador de las J. O. N. S., el afán de comprensión y probidad que le despertaron las obras de Kant y el afán de hacer más noble y esforzada la vida de los hombres, que tomó de las intuiciones espléndidas de Federico Nietzsche. Y lo curioso es que jamás logró desechar ninguno de estos dos tenaces impulsos que le acompañaron desde su adolescencia, aunque a veces parezca que ha vencido el, arrebatado de la lucha al sosiego de la comprensión y de la probidad. No es un azar que ya desde estos primeros números se le ocurra emplear el seudónimo de Roberto Lanzas, sin abandonar su nombre, que pone bajo artículos aparecidos en el mismo número, Roberto Lanzas firma los artículos que pudiéramos llamar doctrinales, y Ramiro Ledesma firma los que tienen la misión concreta de responder a una necesidad del momento. ¿No se ve en esto un síntoma de esa lucha sorda que se está librando en el alma de Ramiro entre las resonancias que le dejó la Ilustración y las nostalgias que le dejó Nietzsche? Hay en España otro político que pueda ofrecernos con tanta claridad en sus escritos y en sus hechos las zozobras y las certidumbres arrebatadas de la crisis que acaba de superar el hombre europeo? Pero precisamente por eso, porque Ramiro sintió en su sangre y en su espíritu las punzadas de la crisis, ha sabido también acercarse en cuerpo y alma al enigma de nuestro tiempo, por eso, a pesar de no vivir ni haber dejado tras de sí un partido

organizado, se ofrecen todavía su inquietud y su certidumbre como los únicos caminos por donde puede encontrar el hombre su autenticidad y librarse de una fórmulas sin vida y de un ritual que impone a los que se entregan la pérdida de la sinceridad y el abandono de sus conquistas personales más profundas.

Cuando se ve a Ramiro afanado en combatir las orientaciones que seguían los partidos más cercanos a nuestro partido en los días que precedieron a las elecciones de 1933, parece que va a dejar para siempre su apartamiento y se va a entregar a una acción política sin fundamentos profundos, como la que arrebató a los partidos en lucha, pero pronto venía otra vez la necesidad y el deseo de reconocer las virtudes del enemigo, que es la única manera digna e inteligente de luchar, luego aparecía algún ensayo de Roberto Lanzas, que Ramiro nos leía con regocijo y con la esperanza de haber acertado en la faena de acomodar la formación mental que había logrado a la urgencia de proveer a las J. O. N. S. de pensamientos que no se agotaran en el presente fugitivo que los había suscitado. Y una de las ideas que más le interesaba poner en claro era la de la justificación de la violencia, pero, como siempre, de la justificación política de la violencia pasó a su comprensión teórica. Las cosas que nos ha dicho sobre el sentido de la violencia en tiempos de crisis son, sin duda, las más serias que se han dicho en estos tiempos en nuestra Patria. Pero no hay que olvidar que las firmaba con el seudónimo de Roberto Lanzas. Ramiro Ledesma, era un nombre que no se podía poner más que bajo artículos apasionados que hablasen de la desazón del momento, Ramiro firmaba con su nombre cuando escribía lo que hubiera querido decir a las masas enardecidas de pasión y de esperanza. Como suele ocurrir a todas las almas herméticas, Ramiro se entregaba paladinamente a lo que hubiera querido ser, a su ensueño de acción y de triunfo.

Cuando se publicaban los números de nuestra revista JONS no se veía tan clara como ahora, al cabo de seis años, la pasión acendrada que Ramiro ponía en todas sus cosas, entonces estábamos demasiado cerca de la lucha y no dejábamos en algunos momentos de contagiarnos por el ardor que respirábamos. Pero cuando los hombres que la dirigían han desaparecido de la escena y los partidos que acaudillaban se han desvanecido como el humo, nos quedan las palabras de Ramiro como si estuvieran temblando pendientes del abismo, parece que le vemos gesticular sin ver el motivo que le induce a ello, parece que está hablando sin interlocutor. Las palabras de Ramiro están ahí, pero las cosas que significan ya no existen; lo que quería decir se ha quedado en la Historia de España con las cosas que ocurrían en aquella época, pero nos ha quedado la pasión, también nos ha quedado la esperanza. Como la JONS era la única revista que podíamos sostener, tenía que servirnos de órgano de expresión total del partido y de la doctrina que se estaba haciendo, los manifiestos, circulares, consignas, polémicas y pronósticos ocupaban buen trecho de nuestras páginas. Y entre esa ronda de actualidad aparecían los artículos teóricos y las apreciaciones que se hacían sobre la historia y sobre la misión de los otros pueblos europeos. Como Ramiro llenaba gran parte de la revista con artículos de todas clases, nos queda como fruto un repertorio considerable de ideas que se han sacado de sus ensayos teóricos y que ya se han aprovechado en España, pero entre las polémicas que sostuvo con los partidos coetáneos nos ha dejado su pasión incontenible, que aparece nítidamente por la desaparición del interés político que la provoca. Fue sin duda, esa pasión la que le llevó a precisar en breves palabras las consignas que encontramos hoy en todas partes, y fue tal vez la pasión la que le arrebató hasta el día en que las J. O. N. S. se unieron a Falange Española, también la pasión tuvo la culpa de que viviera apartado de la acción política un año o año y medio, hasta que le sorprendió la muerte en plena juventud de cuerpo y alma y en plena madurez de espíritu.

Como lo que aquí importa es estudiar la figura humana de Ramiro Ledesma al través de las vicisitudes políticas de su tiempo en que tomó parte, parece que es sobradamente recomendable copiar aquí los párrafos más destacados del informe en que daba cuenta de su fusión con Falange Española. La importancia de esta decisión es no solamente personal, tiene un alcance nacional que está a la vista y no puede ser puesto en duda por

cualquiera que se acerque, siquiera sea someramente, a la historia contemporánea de nuestra Patria. Este informe apareció en el número 9 de JONS, correspondiente al mes de abril de 1931

"Nos apresuramos a informar a todas las secciones jonsistas acerca de la situación creada al partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

"Ante todo, hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo Nacional como este Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las J. O. N. S. con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacionalsindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las J. O. N. S. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

"Vamos a construir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacionalsindicalista y revolucionario.

"A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de completarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a cada triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jefes y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1. Todas las secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de... (J. O. N. S. de ...), y la integración nacional, la denominación total del partido será Falange Española de las J. O. N. S. Las J. O. N. S. actualmente constituidas permanecen, y las secciones locales de F.E. pasarán a ser J. O. N. S., dirigiéndose unas y otras por los nuevos estatutos que se están elaborando.

2. Falange Española de las J. O. N. S. tendrá al frente una junta de mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3. El emblema y bandera del nuevo movimiento son las mismas de las J. O. N. S. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4. Exactamente a como ya ocurría en nuestras J. O. N. S., el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud, y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5. Falange Española de las J. O. N. S. elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

"En fin, camaradas, os repetimos como última orden nuestra, que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que, desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndoos a ser más nacionalsindicalistas y más revolucionarios que nunca".

Y en el mes de agosto se publicó el número 11 de la revista JONS. que fue el último. Dos meses más tarde estallaba la intentona revolucionaria que llevaron a cabo los partidos que habían estado en el Poder hasta hacía un año y que iban a ocuparlo de nuevo después de las elecciones de febrero de 1936. Ramiro Ledesma, unos meses mas tarde

de la revolución de octubre, se dedicaba a sus tareas de preparar una doctrina sólida para el partido. Cualquiera que le hubiese visto en aquel apartamento hubiera creído que había triunfado definitivamente el afán de comprender que llevaba entrañado el espíritu de Ramiro, pero la verdad era que jamás ha soñado tanto con el arrebató de la acción ni ha esperado con tanto ahínco una ocasión propicia que le permitiese desplegar sus dotes creadoras. Los dos libros que nos ha dejado de esa época nos le presentan como un hombre que no usa las luchas cotidianas de los partidos más que como medios de estremecimiento para descubrir algo que vislumbra en el porvenir; nos aparece en esos libros demasiado desprendido de la vida en torno y tal vez no poco alejado de las cosas que entonces suscitaban el interés de la masa y de los dirigentes de todos los partidos. Parecía que en el fondo de su corazón no creía llegada su hora, por eso tenemos la impresión de recordar un pasado ya muy remoto cuando leemos estos libros llenos de nombres y preocupaciones de nuestro tiempo. Ni un momento abandonaron a Ramiro los afanes encontrados que llevaba en su alma desde sus años de retiro estudiantil, ahora que no puede hacer nada "eficaz" se entrega a la tarea de comprender; cuando podía entregarse al frenesí de la acción política hacía lo posible por abandonar las cavilaciones que retardan las obras y nos llenan de vacilaciones e incertidumbres.

Discurso a las Juventudes de España

En el libro que lleva este título nos ha dejado Ramiro Ledesma una visión política madura y libre de las impresiones momentáneas, que tan honda huella dejan en todos los libros cuyos autores se proponen comprender el panorama que les rodea. Ramiro encontró para hacer este libro las dos cosas que necesitaba, de una parte la calma que le permitía sentir la punzada de ese afán de probidad que se le despertó en sus años universitarios, pero de otra parte el ansia de ser fiel al destino de su tiempo entregándose al frenesí de la acción política. Y cuando empezó a escribir este libro gozaba de calma y sentía el deseo de intervenir con todos sus recursos en la política de su país; no sólo sabíamos sus amigos más asiduos estas cosas, nos lo ha dicho Ramiro en la nota que pone a modo de prólogo al frente de su libro. "He trabajado en este libro durante unas semanas en que me he visto forzado a hacer una especie de alto, de vacaciones, en las tareas políticas actuales, concretas y diarias, que hasta aquí, desde 1931, constituyen mi labor. En esos años tuve la fortuna de realizar un hallazgo, de cuya importancia y fertilidad está ya dándose cuenta un ancho sector de jóvenes españoles." -Y Ramiro Ledesma, en la calma de unas semanas de retiro y con la fe en sus hallazgos de años anteriores, se entrega a la tarea de escribir un libro que titula Discurso a las juventudes de España y que por la vehemencia que hay en sus páginas pudiera hacernos creer que se trata de un discurso que hubiera sido pronunciado en verdad por Ramiro ante uno de esos auditorios de jóvenes que le escuchaban con tanta frecuencia y con tanta pasión de amigos o enemigos. Pero en seguida nos advierte que no se encamina su discurso a un sector concreto de jóvenes españoles, sino que su ardor no es en manera alguna incompatible con la pretensión de que sea discursivo y con el propósito de que esté alejado de las peripecias del instante.

Ramiro se hallaba al comenzar este libro en las condiciones que requería su espíritu: tenía sosiego, tenía fe, tenía esperanza. ¿Qué le hacía falta para dar feliz remate a su tarea? Por eso nos ha dejado en este libro una visión madura y no sujeta a los vaivenes del azar, claro que todas estas condiciones favorables no hubieran bastado antes, pero es que en el momento de comenzar a escribir su Discurso a las juventudes de España Ramiro tenía una experiencia política muy intensa tras de sí. De suerte que entonces coincidieron todas las circunstancias necesarias para dejarnos una obra que fuera expresión de las cosas que Ramiro había comprendido y de las que no había hecho más que presentir en la lejanía; de lo que había entendido nos habla con precisión, lo que no se le había mostrado

más que al través de la neblina del presentimiento llena su alma de ansias inefables y le hace desear con ahínco la acción y el combate. No es la peor manera de entender un enigma de nuestra vida arrojarnos con desnudo a su arcano y forcejear sin tregua en el vacío. El Discurso a las juventudes de España es, por todas estas cosas, el libro más conseguido de Ramiro; hasta el estilo es más personal y el lenguaje fluye más fresco y abundante que en otros libros, aunque los escribiera después, como ocurre en el caso de ¿Fascismo en España?

Comenzó Ramiro a escribir su Discurso cuando las vicisitudes políticas de su partido le obligaron a tomarse unas vacaciones más largas de lo que esperaba en un principio, pero en el momento de terminarlo nos dice: "El momento mismo en que he dado fin al libro coincide con el de mi reintegración a la política militante, función que reconozco y veo como fatalmente ligada a mi destino. No quiero ser de los que hurten lo más ligero de su rostro a la etapa histórica en que ahora mismo penetra nuestra Patria española. Entro de nuevo, pues, en batalla..." "Sólo deseo que estas páginas, hijas del interregno a que antes he aludido, sirvan de algo para orientar eficazmente las luchas revolucionarias que hoy desarrolla la juventud nacional." En estas páginas y en las anteriores nos ha dejado Ramiro los propósitos que le animaron a escribir su Discurso, pero, sobre todo, nos ha dejado sus estados de alma y la manera inconsciente de reaccionar contra una situación que rebasaba con mucho el marco de las angustias y apetencias nacionales. Por otra parte, ninguna de las obras que nos ha dejado la política en estos últimos años se lee con tanto apasionamiento ni ha suscitado tantas polémicas.

Con todo escrúpulo he procurado separar lo que eran hallazgos propios de Ramiro de las cosas que recogía del ambiente europeo, no es esto empresa fácil ni mucho menos en una época de crisis y en un hombre que se hallaba tan fuertemente poseído por el deseo de comprenderlo todo como Ramiro. Por otra parte, cuando empezó a publicar La conquista del Estado, en 1931, había ya en todos los pueblos de Europa ideas demasiado precisas sobre la misión que en estos tiempos azarosos incumbe a la política. No hay que olvidar que la reacción contra los dogmas de la Ilustración, aunque en cada pueblo se hayan revestido con distinto ropaje, es la misma en el fondo y en no pequeña parte de la forma. Ramiro no desconocía estas cosas y procuraba enterarse por libros y revistas de lo que se hacía en los demás países europeos y de lo que pensaban los hombres más representativos de los partidos que mantenían con el nuestro una similitud más o menos cercana de principios o esperanzas. Pero si no es fácil empresa la de separar en los pensamientos de Ramiro lo que le pertenecía por completo de lo que había tomado de otros, lo es mucho menos todavía en su Discurso, que fue escrito con la preocupación de comprender no sólo la política española, sino la más honda intención de la política europea, y por si esto no fuera aun bastante, cuando escribió este libro estaba alejado de las impresiones cotidianas de la realidad política de España. Ramiro no perdió un solo momento el contacto con el pensamiento europeo, pero fue mucho más profundo el influjo que dejó en su alma esa trama impalpable de presentimientos que flota imprecisa en la atmósfera de nuestro tiempo y que hace creerse autores de una intuición a los que no han hecho más que darle forma o se la ofrece a varios hombres al mismo tiempo.

Si hubiera necesidad de decir en pocas palabras cuál ha sido el propósito de Ramiro al escribir su Discurso a las juventudes de España, diría sin vacilar que se propuso hacer un encomio apasionado y sin premura de la acción directa. No es que hable solamente de esto, no; por el contrario, habla de todas las cosas que preocupaban entonces, tanto de los asuntos de la política nacional y europea, como de los presagios que podían notarse en el juego de las fuerzas revolucionarias que estaban a la vista en todas partes. Porque nótese que los propósitos revolucionarios no son patrimonio de un partido o de un bloque de partidos, de una u otra manera, la revolución está en todos los programas, aunque, como advierte Ramiro en su Discurso, sean las fuerzas de tradición conservadora las que están llevando a cabo en Europa las más profundas revoluciones.

Lo que Ramiro entiende por acción directa no coincide con lo que se entiende de ordinario cuando se habla de violencia, la violencia no es más que la culminación de la acción directa. Ramiro aconseja a las juventudes de España: "Hay que ser soldados", y el soldado es para Ramiro el modelo más cumplido de acción directa que cabe imaginar. La violencia está entendida como una explosión, no puede durar; la acción directa, es una manera directa de encararse con la vida, no es que sea necesario hacer tales o cuales cosas, es que la acción directa trae consigo una manera peculiar de hacerlas.

Las juventudes son las llamadas a la acción directa, porque sólo las juventudes pueden sentir la fuerza sin emplearla en provecho de un grupo más o menos alejado de los que representan los más vitales intereses de la nación. La acción directa es una manera ascética de vivir con arrojo y esperanza; a veces impone la ruptura con el lastre de un pasado va sin vida y a veces impone la demostración del propio vigor, porque sólo de este modo se acrece el que ya poseíamos. La acción directa, para que no degenera en bandidaje o en violencia crónica, tiene que ofrecerse con alguno de estos tres rasgos:

a) Como valor moral de ruptura, como desprendimiento y rebelión contra valores decrépitos, traidores e injustos.

b) Como necesidad, es decir, como principio obligado de defensa, como táctica ineludible en presencia de los campamentos enemigos (España está hoy poblada de verdaderos campamentos, en pie de guerra).

c) Como prueba, como demostración de entereza, de capacidad y de la licitud histórica que mueve a los soldados de la revolución nacional.

"Estas justificaciones vedan a la acción directa de las juventudes toda caída en el crimen, en el bandidaje y en la violencia política vituperable, que es la que va siempre ligada a un signo individual anárquico y de pequeños grupos visionarios. "

Las juventudes son las fuerzas apropiadas cuando se trata de movimientos como los que tienen lugar en nuestros días, tan fatigados de razonar y tan cargados de lirismo. Lo que hemos de hacer no se nos muestra recortado sobre un cielo diáfano, como se le mostraba al hombre de la Ilustración; en nuestros días se hallan los pueblos en poder de olas gigantes de entusiasmos que los arrancan de sus más caras tradiciones y los arrastran a los más imprevistos destinos. Ramiro ha visto con hondura el torrente de anhelos que agita a las masas y se lo ha dicho con sinceridad y con calor humano a las juventudes españolas, pero no ha tenido siempre el acierto de expresión que podía esperarse de la hondura con que había gozado y padecido esos anhelos inefables, como vengo diciendo desde el comienzo Ramiro no era un poeta de la palabra; cuando pretendía arrebatarse en un raptó de emoción a sus oyentes se servía de las experiencias que habían enriquecido su alma a lo largo de la acción política o de una combinación de ideas que había brotado del contacto de su afán de comprender con el ansia de dar forma a lo que llevaba dentro de sí. Este abandono en poder de lo inescrutable lo ha sentido varias veces Ramiro en los trances más duros de su lucha o en los desengaños que trae siempre consigo la amistad y la confianza que se pone en las personas. Lo ha sentido y se lo ha enseñado a las juventudes españolas. "Importa aun más que una idea clara de lo que se quiere el cómo ha de lograrse y de qué modo infalible hay que llegar a su conquista. Un buen camino suele conducir siempre a un buen lugar." Estas revelaciones no andan muy sobradas en los escritos de Ramiro, que, en fin de cuentas, piensa que ese espléndido camino basta por sí solo a justificarlo todo, lo pensaba y nos lo ha dicho él, las páginas de su Discurso, en que escribió las palabras que acabo de copiar. Esta arrolladora necesidad de acción se nutre de sí misma y basta sentirla para creer que hay mucho que enmendar, como basta sentir el amor para creer que hay muchas cosas amables en el mundo.

Cuando Europa se ha sentido un buen día agitada en lo más recóndito de su entraña por ese torbellino de ansias y presentimientos que hoy nos arrebató hasta el frenesí, ha tenido la certidumbre de que se había salvado de la ruina que amenazaba aniquilarlo todo, le bastaron estos presentimientos al hombre europeo para creer que había descubierto un

mundo que conquistar y aunque esos presentimientos se agotaron en el mero ámbito de lo personal, es indudable que han servido de acicate para salivar un mundo y que han hecho vivir en medio de un entusiasmo delirante a una generación que parecía condenada a dejarse morir entre el hielo de la duda y de la desesperanza

Las juventudes prestas en todo tiempo a entregarse con frenesí al hechizo de lo desconocido, en cualquier momento de la Historia la adolescencia se revela como la poesía encarnada, la poesía se apodera del alma humana o el alma humana se convierte en poesía. Jamás vuelve a recobrar la vida ese fuego que nos hace amables todas las cosas y nos llena al propio tiempo de melancolía y de esperanza.

Las revoluciones que se hicieron en Europa a partir del siglo XVIII hasta el estallido de la guerra del 14 tenían como fondos como programa un acervo de ideas y doctrinas que se han ido elaborando lentamente desde los primeros destellos de la Ilustración aunque esas revoluciones hayan sido hechas por la juventud como fuerza de choque, había madurado en el apartamiento de las masas y les habían prestado contornos y sentidos sesudos pensadores que soñaban con el imperio mundial de la razón. Lo que nos pasa ahora es justamente lo contrario: nos encontramos un buen día con que todo nuestro pasado se viene abajo y con nuestra vida a la pero al mismo tiempo sentimos la ebullición de un mundo de anhelos y sobresaltos que habíamos ignorado antes. Lo primero que se nos impone es el deseo de evadirnos del influjo de las incertidumbres, luego nos asedia el ansia de perdernos en el torbellino del mundo, como si quisiéramos buscar en lo inefable de esa comunidad la salvación de algo que se nos revela distinto de la personalidad. Las revoluciones que tienen lugar en nuestros días no tienen nada que ver con las aspiraciones concretas de un programa; por el contrario, cuando han triunfado nos dicen sus más conspicuos animadores que en los comienzos sólo se sabía morir, se sabía nada menos que morir. Por eso son las juventudes las que atraen toda la atención de los políticos de manera bien distinta a lo que sucedía antes, aunque las revoluciones de nuestros días no se acaben con el triunfo de uno de los partidos que toman parte en la lucha; y es que no es lo más importante la llegada al Poder, con ser el hecho primero en el tiempo; lo importante ocurre después, cuando haya que dar cumplida solución a todas las tremendas e innumerables dificultades que acarrea la vida moderna sobre todo si se piensa en el papel que tiene que desempeñar el Estado en todas las manifestaciones del querer y el obrar humanos.

Cuando apareció el primer número de La conquista del Estado ya estaba en el Poder el fascismo italiano y los partidos que habían de dejar paso al nacionalsocialismo alemán ensayaban todos sus recursos en un callejón sin salida, no fue, por tanto, Ramiro el que descubrió la espléndida misión de heroísmo y sacrificio que ha cabido en suerte a las juventudes de nuestro tiempo. Ha recogido las líneas más esenciales de lo que entonces andaba por toda Europa y lo ha enseñado en España con la palabra y con los hechos. Pero como no se trata de la introducción de una doctrina ni de averiguar cuáles fueron sus precursores, sino de que en España apareció un día la necesidad de incorporar a las juventudes de manera bien distinta a las empresas de la vida política, hay que ver en Ramiro Ledesma el verdadero propulsor y a la vez el que ha dado más enseñanzas sobre estas cosas. Antes se buscaba en las juventudes ese hontanar de fe inextinguible que llevan en sus entrañas, ahora se les pide también eso, pero se les pide, sobre todo, su entusiasmo y su denuedo. Al Estado moderno no le basta con el calor y la fe de la juventud, necesita su fuerza y, no pocas veces, su arrojo y su sacrificio; la juventud tiene una misión bien distinta que cumplir, y por eso necesita un lenguaje bien distinto del que se usaba en otro tiempo. Este lenguaje ha sido hablado en España por primera vez en la primavera del año 1931 por un hombre que había pasado en silencio su juventud y sus angustias ante el fracaso de las ideas que habían alimentado durante mucho tiempo su alma y habían dado pasto luego a su inteligencia.

"Si las juventudes están disconformes con lo que encuentran, no tienen necesidad de justificar con muchas razones su acritud. No tienen que explicar la disconformidad, tarea

que absorbería su juventud entera y las incapacitarla para la misión activa y creadora que les es propia." Lo que importa es hallarse presto para la batalla, lo demás es contraproducente; claro que más tarde busca Ramiro muchas razones para hacernos comprender su intento, pero lo esencial ya está dicho con todo el rigor y el laconismo acerado de una orden: "Hay que ser soldados." Este es el fin principal que persigue en todas sus publicaciones y actos políticos, todo lo demás no son más que medios que las circunstancias mandan poner en tensión según la cercanía del peligro y las fuerzas con que cuente el adversario. La movilización de la juventud era el fin principal que perseguía Ramiro, pero ¿y su fin personal?

En los primeros de su campaña recurría con frecuencia a la nostalgia del pasado, no era esta nostalgia un sentimiento muy preciso ni con fuerza bastante a impulsar una decisión colectiva, pero al menos procuraba un rescoldo de emoción en aquella atmósfera de hielo que vio la instauración de la República, pero en las primeras paginas del Discurso se aparta de la nostalgia del pasado y aconseja prescindir en las horas acedas que presentía de toda contemplación que robe lo más mínimo a la acción política que se impone. Lo que ha ocurrido es bien sencillo. Desde que se instauró la República comenzaron a forjarse los más insoportables tópicos sobre nuestra historia militar religiosa: no había manera humana de librarse de la fatiga de tanta verborrea indigente, y se acabó por sentir el empacho de tantas invenciones como urdió la farsa en periódicos y conferencias. Ramiro sentía bien pronto el hartazgo del tópico, su escondido afán de probidad no le daba punto de reposo y acudía cuando menos lo esperaba, no había nada que hacer con nuestra historia en aquellos tiempos de propaganda artificiosa; era preferible encararse con los hechos y hablar un lenguaje más ajustado al cariz trágico que iba tomando la política española, había que hablar con decisión el lenguaje de la sinceridad. Y ahora nos sale al paso otra vez ese extraño encuentro entre el ansia de probidad que poseía el alma de Ramiro y ese otro deseo de sinceridad que había recogido en las intuiciones filosóficas de su maestro, Ortega y Gasset, y en la independencia berroqueña de Unamuno. Con distintos contenidos y en distintas ocasiones van apareciendo al través de la campaña política de Ramiro los sentimientos que animaron en los tiempos de juventud sus horas solitarias, en medio de una crisis tan profunda y decisiva como aquella. Ramiro supo en todo instante permanecer fiel a los más recónditos latidos de su vida. La huella que habían dejado en su alma las meditaciones demasiado humanas de Kant y las luminosas visiones de Federico Nietzsche fue tan indeleble, que no hubiera podido Ramiro engañarse, aunque hubiera pretendido engañarnos. Estos dos sentimientos avicinados en su alma prepararon el terreno para que dieran fruto las más egregias posturas personales de la historia contemporánea de nuestra Patria. Ortega y Gasset está más cerca de Ramiro en un principio, pero el lirismo acedo de Unamuno iba ganando, poco a poco, el alma de este hombre, tan frío en apariencia, que no consiguió jamás lo que más hubiera estimado en sus días de solitario y en sus días de luchador infatigable. Que definiera con tanta frecuencia y prolijidad lo que él llamaba la acción directa no era de extrañar, como la definía en las primeras paginas de su Discurso hubiera podido poner un ejemplo personal: el ejemplo de su propia vida, sedienta al par de reposo, para saciar la sed de comprender, y del ajeteo de la acción política para dar forma precisa a las ideas, que le nacían con abundancia y con ímpetu desusados. Y cuando daba a las juventudes de España la consigna de ser soldados, olvidaba tal vez que no podían serlo como él, que recogía las armas después de haber abandonado con desilusión las pesquisas de una vida consagrada al conocimiento. Esos jóvenes, a los que se dirigían todas las miradas de Ramiro, iban a tener la dicha de ser educados en los riesgos y las virtudes de la acción directa, sin pasar por el desengaño de un mundo de creencias que se derrumba y de una tortura que hizo presa en las almas que no sabían qué camino tomar.

Ramiro no desaprovecha una ocasión para exaltar el entusiasmo de las juventudes de España, pero su Discurso está escrito con la pretensión de que nos dé una explicación completa y profunda de todo lo que pasa en España y en Europa; tan profunda y acabada quiere ser esta explicación, que no es propia para combatientes, yo voy a atreverme a

decir que el Discurso es un libro para los que quieren conducir a la juventud en estos días turbulentos que nos han cabido en suerte. Es muy difícil hacerse cargo de la barahúnda de ideas puestas en juego para salir victorioso de la crisis que ha padecido en Europa todo hombre mayor de veinticinco años y no haya estado sujeto a cualquiera de esas creencias que atraviesan por la Historia sin tomar el tinte de los tiempos. Ramiro carecía de estas creencias, por eso fue tan profunda la huella que dejó la crisis en su alma y el influjo que ejercieron sus maestros. Pero precisamente por esto siente como pocos su continuidad personal y la continuidad de su obra. Como he dicho, La conquista del Estado dejó de publicarse en el mes de octubre de 1931, desde entonces no se hizo nada que llevara ese nombre, y no había por qué hacerlo, pues fue tan honda la nostalgia que sintió Ramiro al tener que abandonar la acción política, que en 1935, cuando publicó El discurso a las juventudes de España, puso en la portada "Ediciones La conquista del Estado". Y esto, que va es harto sintomático para explicarnos algo de lo que pasaba en su alma, es todavía más sintomático si tenemos en cuenta que no había tal editorial, no fue más que uno de tantos sueños de Ramiro, que, como los griegos, no pudo nunca encontrar las fronteras que separan la vida real que fluye a todas horas de la vida imaginada, que sólo nos posee en los momentos fugaces del ensueño. Lo maravilloso es que un hombre así haya sentido con tanto ahínco la necesidad de acción directa, y en este laberinto de probabilidades no se acierta a comprender si Ramiro soñaba para obrar o ansiaba la acción para solar. Tampoco pudo comprenderlo él.

Lo cierto es que esa acción directa, que mantiene en tensión todos los resortes humanos y ensancha, de esta suerte, el mundo y el esfuerzo, es... nada más que un sueño, nada menos que un sueño, y Ramiro, en el reposo de su retiro y sin tener ante sí ninguna tarea inmediata que llevar a cabo, nos escribe nada menos que un libro en que no se descubre otra preocupación que la acción directa. Y da la casualidad de que el Discurso es el mejor libro de Ramiro y en el que brota más veces el lirismo que llevaba escondido en su alma, las casualidades aumentan cuando pensamos que este libro es el mejor escrito, en el que Ramiro puso más atención y en el que hasta las palabras parece que fluyen con más holgura y lozanía. El secreto de la obra de Ramiro, ese secreto de que nadie ha hablado, porque está en la superficie, es que no podía perecer con la desaparición de las necesidades que intenta remediar, porque no se adscribía nada concreto, era más bien la expresión de una indigencia humana que sentiremos mientras dure la actual configuración sentimental de Europa. es difícil encontrar en la obra de Ramiro, tan pagado de lo concreto, una norma concreta sobre cualquier cosa de la vida ordinaria. Cuando nos habla de lo social se pierde en vaguedades que jamás podrían satisfacer al que está en lucha abierta con la vida, y cuando habla en nombre propio de la ordenación económica del Estado ocurre otro tanto. Lo peor es cuando, tal vez por notar esta vaguedad, se empeña en decirnos algo concreto sobre cosas que no ha estudiado, porque entonces se ve con demasiada claridad que allí nos ha querido colocar una cosa postiza. Lo que salva la obra de Ramiro es el haberla escrito con su vida y el haber sabido captar en sus mallas la vida en precario que lleva el hombre de nuestros días, exaltado de continuo por los más encontrados temores y presentimientos. Han pasado ocho años desde que Ramiro empezó sus propagandas políticas, en España han ocurrido los más tremendos cambios y la obra de Ramiro está viva todavía. ¿No es este el mejor elogio que cabe hacer? Lo que sucede es que ese elogio no está en las palabras, ha brotado de los más acerados repliegues de nuestra historia contemporánea.

Conclusión

Europa ha roto ya las nieblas de su incertidumbre y está a punto de emprender de nuevo el camino que había abandonado; aunque no aparezca siempre claro el contenido de la fe, el ansia de creer ha ganado ya todos los corazones que hace unos años se

debatían presa de la más cruel de las zozobras. De una u otra manera, se abre diáfano ante nosotros el mundo que hemos de conquistar con nuestra acción y con nuestros ensueños; ya sabemos que ni la hoja del árbol se mueve sin la voluntad de Dios, y sentimos en todas las cosas la caricia tibia de su mano. Aunque los rincones más apartados de nuestra alma guarden aún los ecos de la batalla sin nombre que hemos vencido en lo más recóndito de nuestra vida, sabemos ya encontrar goce y esperanza en las ondas sobrehumanas del azar. como los lirios del campo que Dios viste de esplendor y como los pájaros del aire que Dios provee de sustento, somos ya capaces de vivir con alegría, aunque no se nos revele nada de lo que esperamos ni acertemos a explicarnos el sentido de los anhelos que hierven en los adentros más insondables de nuestra vida. Ya sabemos renunciar sin pena al afán de comprenderlo todo. vemos mejor la infinita hondura del mundo adivinando el soplo mirífico que lo anima y sintiéndonos inundados de ternura en los trances más recios de nuestra vida. Ahora va a ser posible que el estudioso vuelva sin remordimiento a sus tareas silenciosas y que el hombre de acción se entregue sin prisa a la faena de hacer con sus decisiones una obra de arte, la política va a dejar de ser campo de aventuras y medros personales para convertirse en la expresión diaria de lo que siente en su retiro el hombre que medita o el hombre que sueña.

Y cuando pasen muchos años cuando todo aparezca lleno de promesas y con la pureza de la luz de la mañana, nos vendrá al corazón un efluvio de ternura envuelto en el recuerdo de un tiempo aciago y de unos nombres de amigos que tuvieron la misión de afrontarlo. Se ha repetido la demanda trágica del destino, como en otro tiempo, ha sido preciso sacrificar a los mejores para que las naves pudieran partir hacia el puerto en que esperaban los enemigos y la victoria.

Cada nación recordará unos nombres, y Europa, ya recobrada y a la vista de un porvenir ancho y profundo, se acordará de los que han padecido sus angustias con el cuerpo y con el alma. Cuando la política acierte a dar forma a la manera peculiar de creer y de esperar que nos ha cabido en suerte y la vida cotidiana fluya con la mansedumbre y la dulzura de una melodía de Schubert, sentiremos lo cruento del sacrificio y daremos gracias a Dios por haber apartado de nuestro camino las incertidumbres y los malos presagios que nos llenaban el corazón de desaliento y nos hacían presentir la inminencia de catástrofes indecibles. Aunque en el campo de la política no se vea aún la diafanidad de los nuevos horizontes, Europa tiene ya fuerzas sobradas para vencer todos los peligros que la acechan y para comenzar una vida más sosegada y más piadosa, la política irá siempre a la zaga de esa multitud de presentimientos que asaltan en la soledad a los hombres que no se dejan arrebatar por lo que pasa una vez sola entre el ruido y los oropeles de cada instante. Ya es hora de que el tumulto que ha producido la crisis que acabamos de superar se vaya apaciguando y vuelva el político a sus quehaceres y el intelectual a los suyos; porque en la vorágine de nuestro tiempo, en política como en arte y en religión como en ciencia, se ha desatado ese prurito aventurero que ya nos fastidia más de lo que quisiéramos. Lo que en los tiempos más duros de la contienda fue necesario se ha hecho crónico con daño grave para la salud de Europa y para la formación personal de los que acuden en enjambres a la política para buscar sin gran esfuerzo lo que a veces no se logra más que al fin de una vida atareada y llena de sobresaltos: cuando amenazaba el peligro y la ruina más espantosa se cernía sobre el cuerpo y el espíritu ateridos de Europa, todos los que sintieron la gravedad se hallaron con fuerzas bastantes para conjurarla se echaron a la calle y a la lucha, y se mezclaron los que soñaban un porvenir más humano y los que no buscaban más que el medro y el escándalo. Bien estaba entonces despotricar contra los intelectuales y llamarlos a la lucha, pero ya ha pasado el peligro, si los llamados intelectuales no tienen la fe suficiente para retirarse de nuevo a su apartamiento, se cernirá sobre Europa otro peligro todavía mayor del que acaba de ser conjurado, el zángano, incapaz de nada serio, será el que dé sentido a la vida, se dejará de sentir la vocación y Europa, que aún conserva el pleno dominio en todo lo que se refiere al mundo del espíritu, se convertirá en una masa hedionda, como la que nos tenía preparada el comunismo. Cuando se aquieten un poco las pasiones habrá que revisar todas las ideas que ahora

están en vigor sobre la cultura, quizá hayamos pedido demasiado a los hombres cultos, quizá la desesperación de estos años nos haya hecho creer que la misión de la cultura es la que siempre ha tenido la religión: la de salvarnos de las acedías de la vida y la de librarnos del miedo de la muerte, quizá no hayamos tenido calma suficiente para comprender que la cultura nos pide una entrega generosa y que a cambio no nos da más que una formación personal, que no se logra por la cantidad del saber acumulado, sino por el esfuerzo silencioso que nos costó adquirirlo; quizá se percate algún día la opinión europea de lo que ya ven con toda claridad los que viven alejados de las luchas cotidianas, pero, entre tanto, la política va segregando cada día esas multitudes de hombres que no han hecho nada en su vida y que sólo medran cuando se pierde la estimación de todo lo valioso; lo peor es que ya ha comenzado a ganarnos el cansancio y se nos antoja ya intolerable tanta mediocridad y tanta poquedad de alma. Cuando pase un poco de tiempo nos convenceremos de que sobre la cultura no hay más que una cosa: la santidad, el que no sea culto ni santo se verá relegado a la vida fácil, y no encontrará en los demás sino una estimación personal y una deferencia cortés expresada en frase de uso común.

Y en esa vida placentera y ordenada que nos aguarda comprenderemos con todo su dramatismo el sacrificio de los hombres que tuvieron que renunciar a su vocación para acudir al llamamiento de su Patria en ruinas. En España fue Ramiro Ledesma el que sufrió con más vigor la tortura de la incertidumbre y el que más hondamente sintió su vocación y su destino: tanto, que jamás pudo abandonar sus hábitos de intelectual ni dejar de sentir el hechizo de la acción, que se le ofrecía como único medio de salvarse de la duda y como único medio de salvar a su Patria de la ruina que la amenazaba. Ramiro ¡tú! en sus primeros años un estudioso apasionado, luego fue un torbellino de anhelos e incertidumbres, más tarde soñó en la acción con el frenesí de místico que quiere salvarse con todos los hombres. Su falta de creencias le forzó a vivir en el desamparo toda la acritud de una crisis pavorosa, su pasión por el estudio le forzó a llevar siempre en las entrañas la nostalgia de una vida apacible y sin engaños, y la angustia de España le forzó a echarse a la calle en medio de la tormenta y del poderío titánico de sus enemigos. España ha sufrido en su sangre y en su alma la crisis tremenda que ha padecido el mundo. Luego ha pagado bien caro su destino inalienable. pero en los azares de una guerra como en los contratiempos de una política, no se perfila con nitidez ni la fisonomía de los héroes ni la de los mártires. Ramiro ha tenido que encarar sólo su propio destino y el destino de su Patria, y desde que en 1931 se lanzó con denuedo a la contienda nacional y humana que se había encendido en nuestro suelo, aparece sólo con sus dudas y sus esperanzas; los que le acompañamos desde sus primeros tanteos no fuimos más que colaboradores. Ramiro ha afrontado la vida insegura de su tiempo y la muerte presentida que le aguardaba en silencio, sin poder encontrar una creencia en que sustentarse ni una cosa firme en que apoyar sus esperanzas. Ha sentido el temblor de la fe sin lograr nada en qué creer, ha sentido la caricia de la esperanza, que, como un hada buena, no le abandonó un solo instante, sin saber qué esperaba ni estar seguro de que esperaba él algo, cuando su alma, arrojada a un torbellino de ideas y presentimientos, quería decir lo que le llenaba de gozo o de pesar, se oponía la dureza de un carácter y el pudor de una vida que no había sido provista más que de unos pocos resortes de expresión.

Ramiro ha sido protagonista de un drama que sólo pueden entrever los que le conocieron en la intimidad y llevaban un drama parecido en sus entrañas. Es vano todo afán de bucear en la obra de Ramiro, está llena de tensiones y de frases lapidarias que no dejan ni siquiera adivinar su huella humana. Es la vida remansada y silenciosa quien nos trae envueltas en el perfume de la muerte las palabras que se anegaron en silencio y las que presentíamos en las pausas dolorosas y en los trances acedos que compartimos con Ramiro. Unas veces era la pobreza de medios quien le llenaba de pesar, otras veces era la deslealtad de alguno de sus camaradas la que hacía en el gesto de Ramiro una sombra de amargura, Y cuando había que esperar meses y meses en medio de la estruendosa batalla que habían empeñado los enemigos de España para perderla, Ramiro hacía esfuerzos sobrehumanos para que no se le escapase la esperanza.

Y a lo largo de seis años, en medio de la tempestad y en los brazos seductores del azar y del ensueño, Ramiro ha recorrido solo todos los rincones de su alma y todas las torturas de su Patria. El recuerdo nos trae ahora aquella soledad y la muerte nos alumbra con su misterio la ternura inefable que guardaba en su corazón aquel muchacho, que nos ha dejado una obra llena de tensiones y de frases lapidarias y una vida llena de silencios y presentimientos.